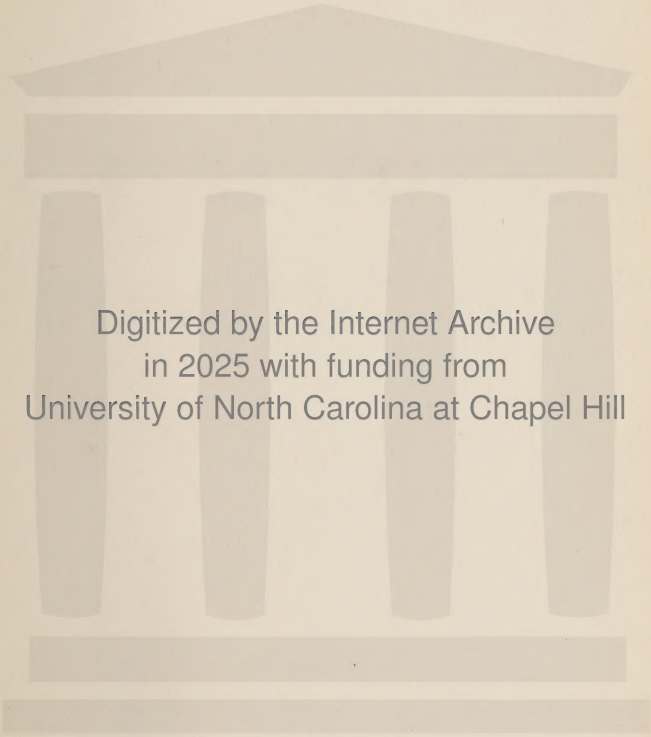
The Library
of the
University of North Carolina

This book was presented
by
The Rockefeller Foundation

898.3
B577ap

This BOOK may be kept out TWO WEEKS ONLY, and is subject to a fine of FIVE CENTS a day thereafter. It was taken out on the day indicated below:


Digitized by the Internet Archive
in 2025 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

https://archive.org/details/apuntesprovincia00unse

Guillermo Bianchi
(Shanty)

Apuntes Provincianos

Printed in Chile

EDITORIAL NASCIMENTO
SANTIAGO CHILE CONCEPCIÓN
1929

Guillermo Blanco B.
(Obras)

Apuntes Provincianos

Microfilmed
SOLINET/ASERL PROJECT
1990-92

Guillermo Bianchi
(Shanty)

Apuntes Provincianos

EDITORIAL NASCIMENTO
SANTIAGO CHILE CONCEPCIÓN
1929

898.3
B577ap

Gift

Impreso en los Talleres de
la Editorial Nascimento,
= Ahumada 125 =
Santiago de Chile. 1929.

Library, Univ. of
North Carolina

Apuntes Provincianos

373210

UNA PRIMERA ACTRIZ

El anuncio de la próxima temporada de la compañía Blanca Smith, era siempre motivo de alborozo en las chicas de la apartada ciudad.

Blanquita tenía cartel en provincias.

Con un conjunto regularmente disciplinado y un repertorio escogido entre las obras de más éxito estrenadas en Buenos Aires, hacía sus jiras.

La elegancia escénica de la Smith podía considerársela excesiva casi, al compararlas con las de otras primeras actrices que salen "a hacer el bosque".

Un pelo negro, levemente ondeado, decoraba su cara, algo pálida, en la que lucían con suavidad los ojos claros, verdes o azules, un tanto indefinidos.

Su hablar dulce, con cierta ternura afectada de sentimentalismo y sus fáciles lágrimas completaban su personalidad de primera actriz del interior.

Se había ganado así su público femenino, principalmente.

El empresario de la compañía, Arturo Román, conocido como su marido, ayudaba mucho al éxito de Blanquita.

Activo, campechano y franco, sin llegar a las libertades exageradas, se hacía de amigos en todas las redacciones de provincia y combinaba beneficios con las señoras caritativas de la localidad, beneficiándose él...

Román dirigía los ensayos en forma discreta, formaba los programas, hacía el reparto de los retratos con firma de su mujer, al despedirse de un pueblo y las malas lenguas decían que hasta le enseñaba algunas frases, para cuando Blanquita conversara en sociedad, porque la actriz, tan elocuente en escena, era muy parca de palabras en la vida privada.

Con mucha facilidad agotáronse aquella vez las localidades de abono.

Se anunció que la compañía que Blanquita presentaba era mu-

cho mejor que las anteriores, y el atractivo de la presencia de un joven autor, que daría dos conferencias.

Al llegar el conjunto, varias chicas demostraron más afecto que de costumbre con Blanquita, atraídas por el deseo de conocer de cerca a un autor, cuyos prestigios, la prensa local, siempre tan indulgente, ensalzaba sin reserva alguna.

La iniciación de la temporada fué brillante, por lo menos escenario afuera, ya que la sala del viejo teatro, veíase llena noche a noche.

Telón adentro no parecía igual la situación.

Román era el mismo hombre de siempre, medido y atento, sin aceptar otra invitación que la de un café y sin echar jamás una cana al aire, preocupado solamente de hacer resaltar los méritos de su mujer, sin mostrarse casi, para que no se notara que la primera actriz era más obra suya, que de ella misma.

En Blanquita se veía el cambio, aunque ella tratara de no hacerlo notable.

Su carácter ya no tenía la serena tranquilidad de antes, en el que podía apreciarse, íntimamente, a la mujer dominada por el hombre de más talento que ella, o más práctico en achaques de teatro.

Con el pretexto de excesivo trabajo, decía estar enferma, por lo que lloraba hasta en los ensayos, sin motivo conocido alguno.

Las lágrimas eran más copiosas cuando se ponía alguna obra de Arturo María Vargas, el autor agregado al conjunto.

Los momentos de mal humor de Blanquita habían indisciplinado un poco al personal de la compañía, acostumbrado a verla antes, siempre modesta y afectuosa, con todos sus compañeros.

Contribuía al descontento en la pequeña farándula, la intromisión autoritaria de Vargas, sin tener cargo oficial alguno en el conjunto.

Las murmuraciones aumentaban cada vez más entre bastidores, hasta decirse, sin reticencias, que Blanquita engañaba a Román con Vargas.

Entretanto, las crisis nerviosas de ella, cada día eran más frecuentes.

Román empezaba a cambiar también.

Se le veía preocupado y sin que manifestase, como otras veces, su regocijo, ante el teatro lleno.

Algunas crónicas sobre teatro, hechas por mí, en periódicos de la localidad, me habían vinculado a Román y esta vez me preparaba a estrenar una obra, escrita en parte, casi a la medida, para Blanquita.

Los últimos toques a la comedia por estrenar, impidiéronme, al principio conocer las incidencias, que telón adentro, traían revuelto al cotarro de cómicos, pero después de su lectura, oí, no sin sorpresa, decir a Blanquita con lágrimas en los ojos, refiriéndose a la protagonista, una mujer que lo abandonaba todo por el amor:

—Es mi caso. Es mi caso... ¿Usted ha escrito esto pensando en mí?

(¿Por qué siempre las mujeres que nos conocen piensan que escribimos sobre ellas y por ellas?)

La situación, telón adentro, se hacía difícil.

Blanquita estaba muy enamorada de Vargas.

El hablar tropical, nervioso y convincente del joven autor que, sin embargo, en sus obras resultaba lánguido y monótono, había transformado su humildad, haciéndola creer mayores sus cualidades y tomarle desprecio al marido, que la había hecho actriz, pero que no era un literato, ni un artista, ya que sus útiles conocimientos, los debía a su experiencia humilde, de traspunte, apuntador o representante y a su inteligencia que, fácilmente, había asimilado bastante, en su trato con autores y gente de teatro.

Todos seguíamos las incidencias de este amor, públicamente misterioso, que, en ella tomaba caracteres de histerismo, en el amante de pasión avasalladora y en el marido de inquieta expectativa, con temor de un escándalo inesperado o una escena dramática demasiado real.

Ella era imprudente para llorar y él tenía todas las impaciencias de un colegial, apasionado por primera vez.

Si se lograba arrancarlo del escenario o del camarín de Blanquita, era imposible conseguir que en la sala ocupase otra locali-

dad que el palco avant-scene, para devorarla con los ojos, a los que daban cierta solemnidad prematura, los lentes grandes con gruesos aros de carey negro.

Un gesto altivo del primer actor, Caravilla, ante una insolencia de Vargas, a su decir, y la solidaridad de casi toda la compañía con esta actitud, diéronle a Román pretexto para decirle al autor que se fuera.

Tras la partida de Vargas se intensificó el histerismo de Blanquita.

Se la llevó en consulta a los mejores médicos.

Descanso, tranquilidad, tonificarse y otros consejos recibió la enferma, pero con seguirlos no había de mejorarse.

Aún no se han inventado los contravenenos para los tóxicos espirituales.

A los pocos días partía también Blanquita, para ver un especialista.

La despedida tuvo la emoción de un final de acto.

Lloró ella, lloró Román, lloraron algunas chicas y creo que varias lágrimas se me deslizaron también...

Me emocionan los trenes que parten.

Cuando en ellos se aleja un amigo, lamento no ser yo el que va a curarse de nostalgias.

Un pitazo de tren en la noche, me hace pensar en mi madre y dolerme de no ser un niño todavía, siempre pegado a sus pretinas.

Cuando viajo, pienso como el que ya lo dijo: "partir es morir un poco".

A los pocos días, mientras se ensayaba tarde y noche, hasta en los amaneceres, para renovar el cartel, a pesar de la ausencia de la primera actriz por cumplir con las exigencias del público de provincias, siempre el mismo, llegó la noticia tan esperada.

Blanquita no volvía más y se separaba definitivamente de Román.

Román partió a Buenos Aires.

Entre tanto, los cómicos aliviaban, el tedio de los ensayos, dando rienda suelta a la fantasía.

—¿La mataría?

—¿Se batiría con él?

—¿Conseguiría hacerla regresar?

No eran piadosos en la farándula para con los amantes.

Los mil y tantos kilómetros que separaban a la compañía de Buenos Aires, el hecho de que al fracasar la jira, tan bien planeada por Román, no podrían contratarse de nuevo, por lo avanzado de la época, eran motivos más que suficientes, para que las lenguas se soltasen implacables, contra la actriz y el autor.

Las frases rencorosas abundaban.

Ella no era nadie, decían.

Román la había recogido del arroyo, logrando hacerla una señora y una actriz, guardándole consideraciones como a su esposa a pesar de ser sólo su amante.

Él resultaba un mal autor y peor caballero.

Yo pensaba en él y en ella.

Si eran sinceros los dos, habían hecho bien en desafiarlo todo.

Si solamente era sincera ella... ¡Pobrecita!

Pensaban en Román que se quedaría sin actriz y sin mujer.

Pensaba en mi obra escrita para ella, ensayada por ella y que Blanquita no estrenaría, sin embargo, dejándome en el ridículo, como a cualquier autor local inédito...

Por fin volvió Román.

Era otro hombre.

Venía solo y vencido.

Quería disolver la compañía, quemar sus naves, abandonarlo todo.

No había ocurrido nada trágico.

Los amantes se negaron a verlo.

Generosamente Román le había regalado, enviándoselo por intermedio de la familia de ella, todo su equipaje, ocho mil nacionales en joyas y "toilettes".

Los de la compañía, unidos con algunos amigos, conseguimos de Román que siguiera adelante al menos por algún tiempo.

Caravilla, en la jira que el conjunto hizo por pueblos chicos para preparar mejor una segunda temporada en la capital de la provincia, fué un héroe: con el mismo entusiasmo clavaba un bastidor o dirigía su ensayo, para salir después a escena, correcto siempre y haciendo una labor sobresaliente muchas veces.

Marta Matte, la segunda actriz, resultó una revelación como primera y la compañía, alrededor de la tragedia vulgar de un hombre, con entusiasmo, dió nueva vida a la farándula agonizante.

Acrecentaba las energías de todos, la solidaridad con el dolor y el miedo de quedarse sin trabajo, en un comienzo de temporada.

Para la vuelta se dejó mi obra escrita para Blanquita, que ahora estrenaría Marta.

Desperdiciaba el estreno, con una compañía que no seguiría ya, por las capitales del interior, al menos, si no por los pueblos más humildes, como avergonzada de una falta que no era de sus componentes actuales que pagaban la locura de la primera figura ida, porque prefirió, sencilla, lógicamente, su corazón, a la solidaridad teatral.

La noche del estreno, instado a hablar, como de costumbre, por los amigos y por los curiosos que tienen el mal deseo de ver, cómo sale uno del trance, dije de las angustias de la farándula y rendí homenaje a los méritos de Román, el hombre que dirigía anónimamente ese conjunto, sin que nunca el público tuviese oportunidad de prodigarle sus aplausos.

Recibió Román unas palmadas sonoras, pero la herida de haber formado una mujer y una actriz para otro, no cicatrizaba, recién abierta, con un batir de palmas efímero.

¿Cuánto dura el placer de unos aplausos que dan, pobre, ridículamente, la ilusión de gloria?

Acaso perdura igual tiempo en el recuerdo, que el amor de candilejas entre el autor y la actriz y tanto, como otros amores que, sin ser de teatro, lo parecen...

UN GRAN AMOR CINEMATOGRÁFICO

Él es poeta y tiene cuarenta años, o más, aunque muy bien llevados.

Ella es joven, delicada y bonita. En su cara pálida de muñeca, lucen dos ojos claros terriblemente audaces para mirar fijamente y atraer, como una viborita que sugestionara a un canario.

Los dos son casados. Él es padre de siete hijos y ella tiene una criatura.

La penumbra ha hecho el milagro de que en el casto ambiente provinciano, donde todo amor ilegal es imposible, porque ni un paso, ni una mirada pueden ocultarse, nazca este idilio, libre o ilícito, como diría un moralista, sin mayores contratiempos, al menos en su gloriosa iniciación a media luz.

En obsequio al prestigio puritano de esta vieja sociedad, severa y tradicional, es justo constatar que ella ha venido de lejos, del litoral inquieto, trayendo, quizá, en el fondo de sus pupilas claras, la visión del vivir cosmopolita, danzarín y musical, con algo de tango compadrón, pues el típico baile, al pasar del arrabal al ambiente aristocrático, no ha perdido, con su música tan característica, el poder de evocar, en un ritmo, eternamente repetido, a la costurerita de Carriego, que dió aquel mal paso, a la milonguita que se perdió en un cabaret o a la que del taller pasó a tener un pisito amoblado y una "voiturette".

Al llegar, clavándonos sus ojos terriblemente audaces, de ingenuidad o picardía, todos, quizá, sentimos que se nos despertaba el don Juan, pero al poeta tocóle la suerte, o la desgracia, de que se le sentase al lado un día en el cine y líricamente idealizó las pupilas forasteras, encontrando en ellas un motivo de rejuvenecimiento espiritual y una fuente de inspiración.

Mientras los demás seguimos mirando a la emigrada de la gran ciudad, sin acordarnos del don Juan, el poeta, romántico al fin ha vuelto a los quince años triunfales y vive su idilio en

la penumbra, cada vez con más insistencia, haciendo maniobras de técnica militar, para conseguir todos los días un asiento que lo avecine a la niña de ojos claros, que lo tiene loco, pues ya no le basta la penumbra para mirarla, si no que también a plena luz se la devora con los ojos, dando margen a los comentarios indignados del pequeño mundo que asiste al cine y que es todo lo bien de la ciudad, todo lo bien y todo lo monótono, tranquilo y aburrido de un pueblo, que eternamente bosteza su santidad.

El poeta es amigo y le oigo sus confidencias, con sus sonetos de amor. Es una lástima grande para su haber literario que no pueda publicar, por un lógico y prosaico temor a los líos conyugales, un soneto en el que canta a la penumbra cinematográfica, glorificándola, porque en ella y en su media luz, su corazón ha rejuvenecido. Cree, como creemos todos los enamorados..., que si ella se muestra propicia a delinquir, es poque su exquisita sensibilidad ha errado en el matrimonio, su senda espiritual, uniéndose a un hombre vulgar que no la comprende.

Su amor cuarentón le hace creer, femenilmente al poeta, que son vulgares los maridos, como piensan todas las mujeres, ya que aún las más honestas están seguras que habría sido mejor con ellas el novio que dejaron pasar en una hora de coquetería o el marido de la amiga íntima, aunque a la amiga tampoco le resulte un ideal.

Eterna contradicción de la vida que hace mirar como ideal, lo que se sueña alcanzar, para que una vez obtenido deje de serlo e incite a forjar uno nuevo, porque, como Pero Grullo lo afirma, ideal que se realiza ya no tiene encanto de tal y la imaginación necesita soñar siempre.

La sociedad provinciana, siempre alerta para observar lo que no le importa, va poniendo un cerco cruel al idilio naciente. Se empieza a murmurar, se comenta lo que se ve o lo que se pretende adivinar que ocurre, mientras en la pantalla se desarrolla uno de los repetidos "dramas de la vida social americana". Se habla de manos que se estrechan y hasta una admiradora del poeta asegura haber visto un beso.

¡Siempre se exagera...!

Ante los rumores que cunden de un modo alarmante, el poeta ha tenido que recordar que es hombre y padre de familia, dejar de ser niño y perder la encantadora segunda juventud, para con esfuerzo de voluntad, disimular, lo que le ha costado. por cierto, más de un desgarramiento, no silenciado, en diálogo confidente, frente a un medio litro de cerveza, a la hora del aperital.

La pequeña ciudad ha perdido, por culpa de su codicioso afán de chismografía, un tema para hablar mal y que era, dentro del reducido ambiente, donde nada ocurre, un motivo enorme de vida nueva y escandalosa, gratamente escandalosa, porque seguramente la severidad provinciana siente más que ninguna otra el placer del escándalo ajeno en la imposibilidad de tener uno propio.

Ya el poeta no nos habla de su idilio.

Ha de callar, porque obtenido el triunfo no lo considera ideal o porque convencido de haber sido víctima de una coqueta, no quiere confesar su fracaso.

La emigrada del litoral ya no despierta curiosidad, porque ha pasado a ser una de las tantas mujeres que vemos todos los días.

¿Qué habrá quedado de este pequeño motivo que en el cine provinciano amenazó tener caracteres de escándalo?

Seis sonetos más en el haber del poeta, que, con el tiempo, su esposa y sus hijos considerarán de lo mejor que ha producido.

En el haber de ella la gloria de haber tenido por amante o admirador a un poeta y seis sonetos, que, copiados, en una minúscula libreta, podrá mostrar al marido, tranquilamente, porque les ha puesto diversas firmas, desde la de Amado Nervo a la de Núñez de Arce... y hasta leerlos en voz alta aunque él no los oiga, barajando números, con las transacciones comerciales del día.

Todo por culpa de la penumbra cinematográfica.

Y pensar que todavía hay gente ingenua que pregunta qué película se da antes de entrar a una sala y qué artista la interpreta.

—¿Con qué objeto?

LAS TARDES DE PROVINCIA

Por lo general las familias de provincia, celosamente cuidadosas de sus tradiciones de abolengo, son hostiles al desconocido que llega de fuera y que, difícilmente puede penetrar hasta sus evocadores hogares, donde se rinde culto al abuelo que fué un héroe de la Independencia o un altivo conquistador español.

El círculo de hierro que impide la llegada de los intrusos se abre fácilmente, sin embargo, cuando hay alguien en la provincia que conoce sus buenos antecedentes y sale fiador de su honorabilidad. Entonces la hostilidad se transforma totalmente, y una acogida hidalga y generosa reemplaza a la indiferencia de antes, porque, lejos del luchar egoísta de la capital, se conservan intactos casi, todos los rasgos del castellano, afable y hospitalario, mezclados a los del aborígen sentimental y bondadoso.

La vida social más ostensible de la provincia está, casi siempre, en el paseo de las tardes en la plaza, a la que circundan añosos árboles, de gruesos troncos y amplios follajes, amparadores de muchos recuerdos, y buenos amigos de los ensueños románticos.

Los papás y las mamás no temen al paseo de la Plaza, porque saben muy bien que a las chicas reidoras, en cuyos ojos brilla la claridad de sus pocas primaveras, les proporciona, sin peligro de sus virtuosas reputaciones, un pasatiempo siempre agradable y honesto.

Las que no tienen novio con quien dialogar, de las mil tonterías encantadoras que se dicen siempre los enamorados, van a criticar el traje nuevo o el sombrero de verano de su más querida amiga... y la que, por rara excepción, no gusta de ser "criticona", va a lucir sus atavíos elegantes de niña mimada, que, con una lágrima, obtiene del papá que, sonriendo bonachonamente, pague una subida cuenta de la modista, al mismo tiempo que con un beso cierra la boca de la mamá que iba a protestar del derroche.

La plaza triunfa así, todas las tardes con la elegancia de las chicas que pasean en ella la gracia de sus cuerpos airosos y que charlan con la alegría única de las que esperan confiadas todavía, porque son muy jóvenes, la llegada del príncipe azul, que va a convertir en realidades sus quimeras de soñadoras.

En el kiosco, una banda toca la retreta en los días de moda y las sonoridades del clarín, cuyos ecos se pierden en la tranquilidad del crepúsculo, como llamando a alguien que no escucha... forman, en su melancolía, un contraste extraño, con las risas frescas y claras de las muchachas que ríen interminablemente, sin que el reir ruidoso permita adivinar sus ensueños ocultos o las leves tristezas que, como mujercitas de veinte años, han de sentir, porque el adorador distraído no reparó en una mirada coqueta o porque el pretendiente olvidadizo se atrasó en el club y no llegó a paseo a la hora exacta fijada por ella, que ya siente, como toda mujer, deseos de dominar.

Es así como en el paseo de las tardes en la plaza se inician muchos amoríos, que no llegan a ser nunca grandes amores y como, junto con oirse un vals viejo, mueren otros grandes amores, ante nuevos amoríos, porque una de las cualidades más encantadoras de la mujer joven es esa: su inconsciente frivolidad, aunque con ella destroce corazones de niños que empiezan a sentir como hombres, lo que a fin de cuentas no tiene importancia, ya que la belleza de unos ojos pícaros puede muy bien darse el lujo de herir un corazón de hombre, que, las más de las veces, otros ojos de mujer se encargarán de curar.

Triunfan también en la plaza los inofensivos chismecillos con que se comenta la inaudita actitud de fulanita que tiene tres pretendientes locos por ella, lo que no está bien, cuando hay otras chicas que no tienen más que dos y hasta algunas que se conforman con uno solo y que, claro está, con más fuerzas protestan de la que tiene tres...

El paseo de la plaza, que parece absurdo en las grandes capitales, tiene un encanto especial en la provincia. Es como si todas las tardes las chicas de la ciudad lejana formaran parte de una sola gran familia, ya que todas ellas sienten el mismo deseo de cri-

ticarse unas a otras, de recibir piropos apasionados y de lucir el encanto de su juventud, realzado por las vistosas toilettes arrancadas a los papás complacientes.

Para el forastero, la plaza es su salvación. Algún amigo que estudió con él en la capital, le presenta a las chicas y esto lo cura de sus noltagias de la vida un poco libertina que dejó atrás, para venir a la provincia por algunos meses o algunos días, en busca de una situación, o a emplear sus actividades de ingeniero o abogado. Junto a un grupo de muchachas se siente el más feliz de los mortales, pero como es experimentado en amores y conoce el lado flaco de las mujeres jóvenes, casi siempre un poco románticas, dentro de su frivolidad, se hace el interesante, diciendo que está triste y que se ha venido de la capital huyendo de una novia que lo dejó por otro, o contándoles a sus simpáticas amigas improvisadas, que la mujer de la ciudad es demasiado frívola y que no sabe sentir, por lo cual él, si se casa alguna vez, lo ha de hacer en provincia...

Como las provincianitas no tienen nada de tontas y son listas como las más, por lo general se ríen sonoramente de los paliques mentirosos del huésped, y así, entre de veras y de burlas, la pícara simpatía teje sus redes, lenta o rápidamente, hasta que la simpatía toma un aspecto muy parecido al amor; entonces el pretendiente formaliza sus intenciones, o coincide, que, junto con avecinarse a un cariño formal, llega para él el día del regreso, y solamente al ir la última tarde a la plaza para despedirse de las chicas, viene a comprender, con callada tristeza, que no iba a ella únicamente por distraerse, como pensaba, sino que ya tenía él también, extraño hasta ayer en la provincia, verdadero cariño por el paseo familiar que, con la emoción de la despedida, piensa que no olvidará nunca, porque en él unos ojos de mujer le hablaron de amor, ya que para los enamorados no es difícil oír hablar a los ojos, mejor que a los labios...

La emoción del que se va la suele compartir también alguna encantadora mujercita que se queda, pero nada se dicen uno ni otro, porque triunfan en la plaza, indiferentes a sus secretos románticos, las risas ruidosas y la música de la retreta, que repite

el vals de una alegre opereta que estuvo de moda hace mucho tiempo, y que el público ya olvidó, como se olvida todo, tarde o temprano, al decir tan viejo de la gente práctica, aunque sostengan lo contrario poetas y enamorados.

LA DEL MAL PASO

Cosas de la vida y vaivenes. Cuando murió el padre, los acreedores, los albaceas, y los abogados, se liquidaron la estancia. La viuda quedó sin plata, con deudas y con una preciosa chica de dieciséis años, como capullo reventón.

Al poco tiempo, tuvo que emplearse en la casa de gobierno, entre hombres maduros y graves en apariencia.

Entre el ir y venir de la casa a la oficina, le salió un novio paliquero y simpático, un periodista parlanchín venido de la capital que hacía sonetos y acrósticos amorosos y que, por las noches, después de estar con la novia, se iba de farra, por los barracones, que, en las afueras, parodian malamente a los cabarets de Buenos Aires.

Con anillo y todo el mocito voló un día, nostálgico de teatros, bataclanas y de todo ese mundo rápido, que se amanece entre las luces y ruidos de la clásica calle Corrientes de la capital federal, sitio predilecto de los provincianos y extranjeros, para dejar todo el haber ganado, bostezando, en los pueblos quietos del interior.

No volvió más.

Para toda mujer perder un novio, siempre significa una baja de valores en su honorabilidad, pues sus hermanas de sexo, que aun no lo han obtenido, aprovechan con solidario espíritu fraterno, la ocasión de dar rienda suelta a la amargura que siempre les causa ver un noviazgo ajeno, antes que el propio.

Los viejos amigos del padre, los hombres graves de la justicia y la legislatura, ante el fracaso sentimental de su protegida y ante su precaria situación económica, encontraron, sin mayor trabajo, pretexto de descargar sus conciencias de los escrúpulos que aun pudieran tener, para tentar el desfloramiento del capullo reventón, pensando que una chica pobre no se casa y que lo que se ha de llevar el moro, es mejor que se la lleve el cristiano.

¿Será cristiano este refrán?

Y empezaron todos a estrechar el cerco, con regalos, invitaciones, galanterías, trabajos privados sobre altas cuestiones de política o derecho, que ella había de copiar a horas fuera de oficina y en la intimidad, al extremo que, en un común anhelo de proteger a la chica, coincidían o rivalizaban, los más apuestos políticos y acaso, más de una vez, una cuestión de carácter electoral que en otra oportunidad hubiera originado largos debates, moría al comenzar a discutirse, al mirarla todos a ella, deseando terminar pronto la sesión, en la esperanza de ser favorecidos con la aceptación de sus automóviles, para ir a dejarla a casa.

Alguno tenía que triunfar y triunfó uno cualquiera. No había mucho que elegir; todos casados, todos honorables y con posición desahogada, como para ser una ayuda en casa de una mujer sola y pobre, con una hija bonita. Sin tener condiciones apuestas de Don Juan, ninguno, tanto daba éste o aquél. Nadie al deshojar el capullo, podía poner, ni ensueños ni ilusiones en la flor esparcida al viento de la mala suerte.

Ante el triunfo del compañero aspirante de ayer, hermano en los tardíos rejuvenecimientos un poco ridículos, los que en común habían olvidado, por la tentación de su boca roja y la alegría de su juventud, las diferencias partidarias, reaccionaron, violentamente, más políticos e hipócritas que nunca.

No podían en esa edad, en la cual las conquistas son hechas de excepción y cuestan dinero, resignarse a reconocer, hidalgamente, el triunfo del amigo, pensando que hay miles de mujeres en el mundo, por que al blanquear las canas y sentir ya el reuma, no se puede decir triunfalmente, "una más", sino que se piensa, con un dolor más fuerte que todas las ilusiones: "¿la última tal vez?"...

Si es terrible el chismerío de las mujeres, más lo es en un pueblo chico, el comentario maldiciente echado a rodar por hombres viejos, heridos en su amor propio.

Si hasta antes del éxito ostensible de uno de ellos, a pesar de su elegancia, discordante con su pobreza, había podido la chica conservar las vinculaciones sociales a que tenía derecho por fa-

milia, al desatarse las iras de los pro-hombres desdeñados, el escándalo monopolizó todos los comentarios y el vacío se hizo a su alrededor, situación que ella soportó altivamente, luciendo sus múltiples toilettes de último grito, sin importarles las indirectas, que le lanzaban al pasar, con veneno y envidia, quizás, hasta sus mismas parientes.

Sabroso plato en una ciudad pequeña, para devorarlo con agregados falsos y hechos reales, el de una chica bien, que se lanza en amorío ilícito con un hombre respetable, con mujer y con hijos, sonriendo audazmente con bella sonrisa desafiante, por falta de pudor o por sobra de escepticismo, ante las vulgaridades egoístas, que siempre acechan la muchacha pobre que se emplea indefensa, en nuestro ambiente sudamericano, tan escaso de altiveces y tan rico de egoísmos.

Si a ella no podían amargarla, porque antes de caer habría apurado ya el jugo de las malas hierbas hasta las heces, o porque al no ver despertar sino pasiones bajas, con su belleza adolescente, se formó una pobre idea de la vida; a él, en cambio, hicieron lo posible por hacerlo desistir.

Todos los que habían intentado hacer el papel de protectores secretos, llenos de envidia, protestaban del escándalo a los cuatro vientos, cuando en realidad, sólo ellos lo producían, hablando lo que debían callar, puesto que intentaron cometer la misma "inmoralidad", sin éxito desgraciadamente, para ellos.

Dolorosa pasión la pasión decrépita. Doloroso drama el del cuervo que sólo puede atacar a los muertos y el compañero, ahora tan vilipendiado, amparado con su dinero y con el mismo egoísmo que ellos, a la indefensa, había cometido el crimen de arrebatarles la presa, de haber resucitado energías en la oveja, que los cuervos habían imaginado muerta y pronta a proporcionarles fácil festín.

Desde el balcón el drama de los personajes tomó caracteres pintorescos. Hasta trascendencia política tuvo. El viejo correligionario, convertido en afortunado Don Juan, que había ocupado todos los puestos de honor y de lucha en el partido, hubo de retirarse de él, ante la hostilidad sorda de sus amigos de toda la

vida que, para evidenciar más el hecho de que la mantenía, llegaron hasta votar la supresión del puesto de la muchachita, haciendo una cuestión de estado, de un asunto ridículamente pasional.

Consecuencias de la obligada moralidad provinciana y de su vida sin alternativas, aburridamente monótona.

Nadie puede ver una inmoralidad sin morirse de envidia y sin destilar veneno...

No se habló durante mucho tiempo de otra cosa en la ciudad, que del gran escándalo.

Los moralistas tuvieron a punto de conseguir el triste triunfo de deshacer su hogar, originando la tragedia de una madre y el abandono de varios hijos, pero lo que por ley de la naturaleza tenía que suceder, evitó la desgracia que en ansia de comentario de la gente buscaba con ahinco y sin base, posiblemente, porque a lo mejor, vivía él su aventura, serena y frívolamente, sin comprometer en ella su corazón, ni las grandes afecciones de su verdadera vida.

La juventud de la chica buscó un día su desquite. Desdeñando fríos cálculos fué hacia la juventud. Lo abandonó por un muchacho que derrocha, a los veinte y tantos años, la fortuna heredada. Por ahora ella tiene amor y dinero, en desquite de los días en que sólo tuvo dinero y escándalo.

Al decir de los envidiosos, el protector que la lanzara a la voracidad del escándalo provinciano ha sufrido mucho con el abandono. Los años se le han venido encima de golpe, que nada más eficaz para agotar las energías, que el último amor imposible, con sombras de crepúsculo, definitivo y cruel.

El pueblo está tranquilo. No considera escándalo que un niño bien la pasee en sitios concurridos en auto descubierto.

El pueblo piensa, saboreando de antemano el placer de la venganza, que el niño bien la abandonará el día en que quiera casarse y que, entonces, la altiva que un día humilló la tradicional moral de la ciudad, ha de ir rodando hacia abajo, para ser al final, una de tantas y de todos.

Acaso en medio de su nostalgia de sol, el viejo amigo también espera ese momento para que vuelva la ingrata, como oveja des-

carriada, a pedirle perdón y a ofrecerle el falso amor de su indigencia, que buscará seguro abrigo, después de haber agotado el amor caprichoso y loco de la juventud. Si ese día tarda un poco en llegar, él solo le ofrecerá, en la serenidad de los años que se le han venido encima de golpe, consejos de padre o abuelo, para que sabiendo vivir, no vaya a caer demasiado, ya que, al fin, es obra suya aunque sólo sea por egoísmo, ha de desear que siga triunfando, sobre todo para que no gocen demasiado sus amigos de ayer. Alguno ha de pensar todavía que puede desquitarse.

Asegura el refrán que la experiencia es madre de la ciencia, pero el viejo político provinciano ha necesitado sin embargo, que una mujer turbe el ocaso de su vida, para recién aprender que no hay amigos leales, cuando pasa el amor, despertando los sentimientos más pequeños o más nobles que el hombre oculta.

Y siempre, como ayer y como mañana, será igual: la misma mujer que puede convertir a un inservible en un héroe, puede hacer de un hombre bueno un inservible.

CARNAVAL PROVINCIANO

Carnaval... Y las quietas calles de la dormida ciudad provinciana, que parecen aburrirse en un bostezo eterno, cambian su faz adusta, en una carcajada ruidosa de juventud triunfal.

Los coches y automóviles descubiertos recorren el corso con gente joven, o que se siente joven, al influjo del ambiente, todo color, alegría y música de risas, de murga de circo y de banda poblana, música evocadora, sentimental y pegajosa, que repite en los oídos la misma canción, el mismo vals antiguo, que nos trae a la memoria una novia ingenua, que creímos querer toda la vida y que olvidamos, con la misma facilidad que la primera ecuación que nos hizo sudar tinta en un examen.

El arco iris de los trajes veraniegos, de las chicas, dan vida nueva al coche de plaza desvencijado y hasta el escuálido caballo que lo arrastra parece encontrar olor de alfalfa en las serpentinas que, hasta a él lo envuelven, rejuveneciéndolo, en un mundo de papel pintado y chillón.

No hay estiramientos en las damas que pasean en coches o en autos, su elegancia, ni hay reservas en las chicas endomingadas que pueblan la vereda de ojos vivaces, cual ventanales que enseñaran, poblados de promesas, largos caminos de amor.

Entre ellos y ellas se cruzan los ramos de flores y las serpentinas, junto con las miradas audaces y las sonrisas amables que pueden anunciar, igualmente, un beso futuro o una jarra de agua fría, al término oficial de la fiesta galante, con el cual da comienzo el diluvio porque lo ordenan manos femeninas y lo alegran cascabeleras risas de mujer.

El ruido, las risas, la alegría, los ramos de flores y las respuestas amables a los piropos que repite al pasar, ponen de buen humor al amigo solterón; en todas las que juegan cree ver una segura conquista que lo hará vivir en el carnaval una de esas aventuras triunfales que ha leído tantas veces con envidia, a pesar de saberlas pura literatura y hojarasca.

Pero no importa, vive el momento, sin analizarlo, para sentir plenamente su alegría frívola, lejos de las prosaicas preocupaciones diarias que en las noches de carnaval, demasiado breves por desgracia, se olvidan con una facilidad envidiable.

Sin embargo, el soñador que duerme en todo hombre, aunque parezca absurda paradoja, despierta, a pesar de sus cuarenta años y no obstante hacer derroche de alegría, en medio de tan loca mezcla de flores y serpentinas con todas, se emociona en serio y esto es lo grave, ante unos ojos alegres y decidores que en medio de su viveza tienen una suavidad indicadora de que su dueña, a pesar de su sonrisa triunfal, posee, en un rinconcito de su corazón, oculto y destinado a su sed de fantasías y quimeras, un espacio libre que sólo espera para vivir su hora romántica su palabra amorosa, sentidamente tropical, ardiendo de pasión.

Y es fatal, la dueña de esos ojos que sueñan al mirar y que hacen soñar, se adueña por entero del loco del carnaval, que ya no siente la locura del corso, pero que se siente loco por ella.

La fiesta del color y la alegría, se transforma para él en fiesta del corazón, fiesta de fantasía sentimental, melancólica y suave, porque toda alegría proveniente de mujer es inquietud, miedo y duda; duda porque nunca se sabe de fijo, si se ha soñado demasiado, dejándose llevar del propio sentir, para sufrir al final el desencanto de haber sido sólo en el ensueño, y de haber confundido la frivolidad encantadora de una sonrisa, con una promesa que pretendió ver muy clara, pero que ella no pensó en hacer y que, si algo prometió, fué en broma de carnaval y no como romántica enamorada como su deseo quiso leer en sus ojos.

Pasa el carnaval, y junto con los montones de papeles de color que se queman en las calles o que el pobrerío recoge, para aprovechar en algo práctico, en el hogar humilde, las serpentinas que otros derrocharon, se transforman para él, la dueña de los ojos soñadores que lo volvió loco, en la locura del corso.

Ya no le sonríe con la jovialidad de antes, ya sus ojos no le muestran franco y expedito, el camino hacia un ensueño romántico; hasta parece que si ahora intentara seguir soñando más de cerca y haciendo, poco a poco, sabiamente, realidad su pasión

de flores y papel pintado, habría, si pudiera, de prenderle fuego, con la misma indiferencia con que el peón de la municipalidad, para ahorrarse trabajo, enciende las serpentinas, sin pensar que al ser arrojadas, muchas de ellas llevaban pedazos de corazón.

Pero no importa la indiferencia de la idealizada dama del carnaval.

Por ella el soñador volvió a dar alas a sus ensueños y como buen loco de corazón, no atreviéndose a matar a los hijos de su fantasía, sigue alimentándolos e infundiéndoles vigor. Por eso, aunque pasen los días iguales, monótonos, desalentadores, porque la dama ya nada promete, él seguirá siempre acariciando la ilusión de que el milagro se hará un día, logrando hacer morir esa sonrisa femenina, que ahora no sabe si indica una promesa o una burla, con un beso...

Pasarán muchos carnavales, pero entre todos los que vuelva a vivir, él, solamente verá, en medio de las flores y el papel pintado, esos ojos que le señalaron, en una noche triunfal de música y de color, la ruta ilusoria de un ensueño, que ahora se oculta en el bostezo aburrido de las calles provincianas, pero que en él vive, románticamente, tontamente quizás, como un colegial.

Y sin embargo, aunque sea tontamente, siempre es grato tener un motivo para creer de nuevo en los quince años ilusionados, llenos de fe en el amor y capaces de triunfar sobre todos los imposibles...

LA MOSCA BLANCA

Entre cinco hermanos es la única blanca, con aspecto distinguido, facciones delicadas y cuerpo gentil.

Sus labios delgados hacen contraste con los de sus hermanas, gruesos y amoratados, recuerdo atávico de algún negro esclavo y malandrín, que anduvo haciendo locuras, entre los ascendientes de la modesta familia indo-española.

No hay diferencia en el vestir humilde de las hermanas, pero ella sobresale siempre, es la mosca blanca que no puede dejar de llamar la atención sobre todo en compañía de las cuatro chicas feas y de sus padres ordinariotes.

La atracción de la "mosca blanca", significa un sino fatal, que comienza en su cuna, pues las vecinas, al no reconocer en ella la pinta familiar, bordan sobre su tipo europeo, que les hace una ofensa sub-consciente, chismes mal intencionados, que afectan a la legitimidad de su nacimiento, a la honradez de su madre y a la perfección frontal del jefe de la familia.

¿Acaso el patrón abusó de la confianza del empleado sencillo...?

¿Quizás el traje nuevo, tan elegante, que la madre estrenara en la pasada navidad, no tuviese su origen en una complacencia con el ruso ambulante que vende por mensualidades...?

Sospechada desde la cuna, su vida se desarrolla accidentada e inquieta. No se la puede mandar sola a ninguna parte porque es demasiado bonita y la belleza en la miseria es un peligro. Si hay que emplear a alguna de las hijas, no puede ser ella la que vaya a servir porque en las casas bien, hay gavilanes mal, que no la perdonarían.

Egoístamente los padres ven que su belleza es un fardo pesado, que la inutiliza para aportar al hogar el mismo contingente que las otras hijas.

Sus hermanas, que saben que todos los elegantes que mero-

dean por el barrio, lo hacen por ella, le tienen envidia y le forman una atmósfera hostil.

Es la mejor de todas y nadie le ofrece un porvenir. Ninguno de los obreros del barrio se atreve con su delicadeza y su blancura, prefiriendo a las hermanas de labios gruesos y caídos, sencillotas y burdas, como ellos.

Y el sino fatal, que le trajo, desde la cuna, su blancura, se cumple. Tarde o temprano, la "mosca blanca", huye del hogar que le resulta extraño, huye con el primero que le dice mentirosas palabras de amor y le formula vagas promesas.

Es posible que no huya por cariño, si no porque su tipo de excepción, la hizo extraña en el hogar, desde su nacimiento y sentía ansias de respirar, en un ambiente menos hostil.

En el barrio se hablará de su mal paso y se hablará mal de ella, sin saber que la fuerza de las cosas la hizo extraña entre sus padres ordinariotes, que no la querían y de sus hermanas chinitas que la envidiaban.

De un seductor a otro, irá cambiando de dueño su belleza. Con el tiempo puede ser que llegue a las alturas de la vida galante, acaso en sus andanzas hasta Buenos Aires le brinde campo propicio y luzca su cuerpo gentil en una compañía nacional de revistas, conquistando la admiración de los viejos verdes de las primeras filas y de los estudiantes provincianos, de alguno de su rincón perdido quizás.

Triunfadora o derrotada, cuando alguien busque en ella, a más del placer, satisfacer cruelmente una curiosidad inútil y le pregunte por su historia, a ella le será imposible explicar por qué la vida la hizo huir fatalmente del hogar, sin mayores motivos precisos, porque su cerebro rudimentario no puede comprender su tragedia de mosca blanca.

Y cuántas serán, las que dando motivo a tangos sentimentales, que mucho o nada dicen, pasan del taller al hospital o del taller al departamento coquetón, nada más que por eso, por ser moscas blancas.

El destino fatal de las moscas blancas lo podrían explicar, quizás, las madres que suelen recordar, con remordimientos, a la

hija perdida, evocando el desliz de su juventud, aunque puede ser también que sin haber habido falta en la "vieja", ni deformación frontal en el padre, haya muchachas que no sacan la pinta, por un simple capricho o fenómeno explicable de la naturaleza.

No es posible ahondar en los vulgares dramas o sainetes de las moscas blancas y hay que contentarse con que las glosen en un soneto, los poetas de la vieja o nueva sensibilidad, o con que se canten con música de tango y hay que dejar, indiferentemente, que los seductores de oficio, les sirvan de "tanglefoot", atrapándolas, para su placer, humildes y sin defensa.

LAS VALENCIA

Este hotel de provincia tiene un alma completamente distinta a la de la ciudad, donde sus dueños amasan la fortuna que sueñan irse a gozar a España más tarde. Es lógico que así sea; hasta esta casa de todos y de nadie, llegan diariamente, múltiples tipos, completamente diversos, unos de otros, diferentes por su nacionalidad, por sus propósitos de placer o de trabajo y por la firme decisión de hacer dinero, sin pensar en que los medios, sean o no santos, distínguense también algunos.

Mientras las familias tradicionales siguen su vida de siempre, cambiando lentamente sus costumbres, sin que la evolución lógica y paulatina altere, ni visible, ni bruscamente la vida de siempre, el hotel, este pequeño mundo de vecinos tan contradictorios, palpita, riente a veces, pasional en oportunidades o tragi-cómico en otras, según sean los principales huéspedes del día: bulliciosos viajantes de comercio, turistas con "kodacks", flemáticos buscadores de petróleo, contratistas de ferrocarriles, caballeros empobrecidos que buscan fortuna, o simplemente vida, nuevos ricos ridículos, pobres respetables, mujeres pálidas en busca de sol y montañas y mujeres alegres en busca de víctimas, ingenieros imberbes que sienten viva todavía la nostalgia de la facultad y del cabaret...

Unos y otros forman el alma del hotel, de este "mejor hotel", donde llega todo el que se cree "bien", desea aparentar serlo, o simplemente porque sin serlo, ni pretender aparentarlo, tampoco, tiene con que pagar.

No obstante su variedad, la población del hotel llega a hacerse monótona, porque es una variedad permanente, es decir, está compuesta por grupos iguales, todos de esa misma especie, vulgarmente llamadas aves de paso, dentro de la cual se pretende clasificar, es cierto, series distintas como las esbozadas al principio, pero que, de tanto repetirse y verse, resultan, después de la primera impresión, grises y sin ese interés de novedad que

presenta cada día el viajero nuevo que, a poco de llegar, ya no llama la atención de nadie, una vez que los huéspedes más antiguos lo clasifican definitivamente.

Con "Las Valencia" no pasó lo mismo.

—¿Por qué? En primer lugar porque se trataba de cuatro mujeres jóvenes que formaban una alegre "troupe" teatral de variedades y tal vez no sólo por esto, sino también porque los hombres del hotel sabían de antemano que, las nuevas viajeras, no iban a hacerles compañía, sino por breves días, de modo que tenían la sugestión que produce, casi siempre en los profanos del tinglado de la farsa, la mujer de teatro y el interés que despierta todo lo que se sabe que va a durar poco, ya que se pretende, por contradicción, aprisionar lo impresionable y aprovechar los minutos que no han de volver a vivirse más.

Forzoso será también, para poder comprender, cómo cuatro mujeres, una casi bonita y tres sin importancia, llegaron a inquietar seriamente a varios hombres serios, tomar en cuenta lo que significa, para una ciudad de provincia, donde no existe otra diversión que la del biógrafo, la llegada de cuatro españolas, más o menos jóvenes y agraciadas, que bailaban la jota, el tango, el shimmy, la zamba, la machicha, "la cueca" y el fado y que cantaban estilos, tonadillas, tangos y hasta "Los Copihues".

Los pretendientes a las sonrisas de "Las Valencia" sobraban y a ellas les sobraban también las cajas de bombones, las invitaciones a paseos en auto a los alrededores y los convites al té.

Como era lógico, al margen de este interés despertado por "Las Valencia", hubo escenas de sainete en los comedores y pasillos del hotel, de día, de noche y aún a la madrugada...

Sería interminable relatar las numerosas incidencias entre los diversos "candidatos".

Entre tanto el observador indiferente podía pensar qué pasaría por las cabecitas locas de las cuatro bailarinas, al verse tan halagadas ellas, que allá, en la capital, sólo habrían pisado los escenarios de los teatros de barrio, a cuyos términos de función nadie les mandaría bombones y donde habitualmente regresarían a casa, solas, cansadas y tristes, después de haber trabajado mu-

cho, por poco dinero, y sin tener siquiera con qué pagar un coche para llegar a la lejana y mosdetísima casa de pensión...

A pesar de ser tan deseadas, la mayoría de los adoradores de "Las Valencia", a la fuerza tuvieron que serlo sólo platónicamente, porque a la mejor de ellas, se la monopolizó el empresario del teatro donde actuaban, contra la voluntad de la chica, al decir envidioso de los otros candidatos... y con un explicable instinto defensivo, aprovechándose del hecho de tener la sartén por el mango. Este "caballo blanco" no dejaba a las muchachas ni a sol ni a sombra; cierto es que lo suyo le costaba, pues prolongó indefinidamente la temporada, sin que el público respondiera, es decir, por su interés sentimental, en contra de su interés comercial.

¡Empresarios así van quedando pocos!

Sin embargo, los vendedores de bombones hicieron extraordinario negocio, porque había muchos obstinados y el mensajero del hotel, por llevarles cartas a la "estrella" de la "troupe", debe haber recibido en la quincena más propinas que en todo el año.

La "estrella", que sólo para el empresario no estaba a distancia de tal, fué, por lo mismo, la más ambicionada y hasta hubo un muchachón grande y fornido que, no sólo pensó, como la mayoría de los otros pretendientes mal intencionados, en una aventura ligera, sino que se enamoró y sufrió... ¡Sufrió en serio! Y a él le parecía lo más razonable sufrir en serio por no poder hablar largamente (siempre el tirano empresario) con la frívola intérprete de "El Reflector" y de los tangos "Loca", "El Taita del Arrabal" y "Sufra". Seguramente pensaba que "Sufra" había sido escrito pensando en su amor repentista y tropical.

Llegó, por fin, el día de la partida de la "troupe", indefinidamente prolongado por el empresario donjuanesco, con gran sentimiento para el mensajero del hotel y para regocijo del portero nocturno que ya no iba a ser inquietado por los espías de las artistas que recorrían, en la noche, los pasillos, por si acaso... las encontraban, cuando ellas regresaban al amanecer, después del ensayo y de la cena.

Partieron de madrugada y hubo quien se hizo despertar, como

el tenaz enamorado de la "estrella", para ir a despedirlas, o mejor dicho, para ir a despedirla a "ella" a la "imposible".

A la hora del aperitivo, comentaban, unos regocijadamente y otros casi emocionados, la ida definitiva de "Las Valencia" que tornaba el hotel a su monotonía habitual.

Casualmente pasamos frente a la pieza que había ocupado "la estrella", un mozo barría con indiferencia del suelo una serie de cajas de bombones vacías y muchas cartas apenas rotas, en grandes pedazos.

¿Por qué despedazaría las cartas?

¿Acaso porque acostumbrada a recibir siempre las mismas tonterías no le llamaron la atención o porque acostumbrada a no recibirlas nunca, no quiso llevar consigo ningún recuerdo que le hablara más tarde, entre las alternativas, no siempre grata de la farándula, de su breve reinado de quince días como "estrella" de primera magnitud en un hotel de provincia?

Episodio vulgar es el del muchachón ingenuo que se enamora y endiosa a una regular o mala artista pobre; pero bien puede ser que lo que para nosotros fué sólo un croquis caricaturesco, al carbón, haya tenido para él y ella, o por lo menos para él solamente, los contornos indelebles de un aguafuerte.

Cuando se tiene veinte años y se ha vivido poco, no se trazan las siluetas de las mujeres que pasan a nuestro lado, si no que se las admira a todas, por morenas o por rubias, por jóvenes y... por bien conservadas.

Entre tanto, trazamos a la ligera el esbozo de "Las Valencia", ellas, prosiguiendo su jira, recogerán aplausos, cartas y bombones en algunos sitios, y en otros aventuras alegres o poco deseables y también fracasos; el ingenuo enamorado de la "estrella" acariciará la ilusión del romance que no fué..., pensando que pudo haber sido, a no haberse interpuesto el dichoso empresario.

Por su parte, los dueños del hotel están felices, porque ahora ocupa la pieza de la artista un comerciante gordo, que no revoluciona los pasillos, bebe mucho y paga puntualmente.

LAS ROCKEFELLER

Venían dispuestas a llamar la atención y lo consiguieron, sin gran trabajo, en el reducido ambiente de la ciudad provinciana, donde bien pronto se sabe a qué vienen los forasteros y quienes son.

Eran dos mujeres vulgares, sin ser feas ni bonitas; la una, de cuerpo macizo, lucía una cara morena, a la que daban brillante expresión sus dos grandes y luminosos ojos negros retintos; la otra, chica y menuda tenía cierto aspecto tímido, se habría podido parecer inocente, si no se vistiera, al igual que su compañera, con trajes chillones y llamativos.

Venían de la capital y su primer gesto "epatante" fué el pagarle al cochero por el viaje de la estación, que vale $ 1, un billete de $ 10, sin reclamar el vuelto, cosa que dejó asombrado al pobre hombre, asombro que más tarde sufrieron también los mozos del hotel, al ver que eran obsequiados por las nuevas pasajeras con propinas inciales de $ 50.

Esta excesiva e inusitada generosidad les valió a las forasteras el apodo de "Las Rockefeller", con que las designara un pasajero, por dárselas de ingenioso.

"Las Rockefeller", que gastaban tan rumbosamente, como no era costumbre en la provincia, intrigaron así bien pronto, a los tranquilos habitantes de la buena ciudad, que estaban, aun más extrañados, porque el pintoresco modo de vestirse de las huéspedes, decía a las claras que no se trataba de personas bien, ni mucho menos distinguidas.

Primero empezaron a circular las preguntas: ¿A qué venían? ¿Quiénes eran? ¿Por qué gastaban tanto? ¿Serían hermanas?

Entre tanto "Las Rockefeller" no hacían nada por aclarar la atmósfera misteriosa que las circundaba; sus actividades parecían correctas y hasta se las habría creído buena gente, si no ostentaran manifiestamente en los pasillos del hotel, ricos batones de seda, posiblemente un poco audaces, con otro poco de mal gusto.

Luego vinieron las suposiciones, algunos deslumbrados, al verlas gastar en exceso, aseguraban saber que eran unas honradas y burgueses turistas. Otros menos ingenuos supusieron que eran dos vulgares damas de vida alegre que venían a buscar fortuna fácil y que, arriesgaban, a guisa de propaganda, un pequeño capital.

El misterio siguió rodeándolas algunos días y de seguro que, al haber continuado, varios buenos señores de la provincia habrían alterado sus morales costumbres, pues ya andaban a sus vueltas en tren de conquista.

Pero "Las Rockefeller" no era ciertamente damas de estirpe ni de buenas costumbres adquiridas tampoco; luego se confiaron al mozo del hotel y el por qué de su viaje corrió en seguida, de boca en boca, alterándose y haciéndose, más o menos, pintorescos, según fuera el oyente y el transmisor oficioso.

La versión más generalizada podía resumirse así. La vistosa morena era la "rica" y la otra su dama de compañía simplemente. La "rica" (¡qué descubrimiento!) era nativa de la quieta ciudad que había abandonado muy joven y pobre, y a la que volvía, ahora, enriquecida, en busca de su madre, a quien dejara, siendo muchacha, de cocinera en una casa bien y de la cual no había tenido noticias, sin saber si ya estaba fuera del mundo de los vivos, o simplemente cambiado de residencia.

Concluído ya el misterio (nadie es profeta en su tierra), cesó el interés por "Las Rockefeller" y los improvisados don Juanes volvieron, ya sin preocupaciones pecaminosas, a su vida de siempre, el aperitivo, la hora de charla sobre política y la partida de poker.

Entre tanto "Las Rockefeller", que ahora no llamaban la atención de nadie, parecían aburrirse de su vida correcta y monótona, parece que no iba con sus temperamentos el ser discretas por mucho tiempo, y quizás no les faltara razón, al fin y al cabo no era lógico haber hecho un largo viaje y haber gastado sus buenos pesos, solamente para lucir los floreados batones en los pasillos del hotel y causar la alegría de mozos y cocheros.

Empezaron por invitar a suculentos y bien regados almuerzos

a unos buenos dependientes de tienda, que al verse así obsequiados, tal vez se imaginaron que en ellos se había reencarnado el alma del burlador de Sevilla.

A las invitaciones en el hotel se siguieron unas cenas con música y baile, en un restaurant de mala muerte de los alrededores, y, parece que una noche irrumpieron a deshora por las tranquilas calles de la ciudad, cantando tonadillas un poco libres con voz vinosa.

Algún pasajero escrupuloso se quejó al dueño del hotel, que las notificaría en forma cortés, y en seguida improvisaron el viaje de regreso a la capital, vuelta sin trascendencia y que no lamentaron más que los mozos, los cocheros y los dependientes afortunados...

La noche de su partida, en un corrillo del hotel se comentó:

—Se fueron "Las Rockefeller".

—Mejor. No eran trigo muy limpio. No sé cómo el dueño del hotel pudo admitirlas.

La charla habría seguido a otro tema, si uno de los del grupo no hubiese dicho sentimentalmente:

—Yo creo que en este viaje de "Las Rockefeller" hay una tragedia o un cuento dramático que muy bien podría escribir un buen psicólogo.

—¿Una tragedia? ¿Un cuento?

Hubo sonrisas irónicas, pero el novelero continuó tranquilamente:

—Hablemos claro. No cabe duda que "la rica" ha hecho su fortuna, o su pequeña fortuna, como ustedes quieran, en una vida no santa, en medio del torbellino de la capital, donde fácilmente una mujer sola puede encontrar la muerte en un hospital, la miseria o enriquecerse, si no tiene muchos escrúpulos y la acompaña la suerte. A esta le fué bien. ¡El destino! Permaneció varios años sin recordar para nada la pequeña ciudad en que nació. ¿Cómo pudo ocurrírsele un día volver a ella? Tal vez la visión de una madre de pelo blanco sonriendo a su hija, la hirió al tra-

vés de una ventana al caer cualquier tarde, y esa visión vulgar despertó en ella el sentimentalismo que duerme en toda mujer y abandonándolo todo: protector y placeres, emprendió, sin pensar en nada más, el viaje en busca de la madre, de la que no obtuvo después ninguna noticia. O bien, un día sintió nostalgia de su terruño, y ocurriósele volver rica al sitio de donde salió pobre, imaginando locamente que sus éxitos en la capital le darían aureola de triunfo en la provincia y que ante ella y su fastuo rondarían los patrones que sirviera de chiquilina.

—¿Y qué?

—¿Y qué?

—Les parece poco.

Nada de esto obtuvo, por no perderlo todo, buscó pretendientse simples y pobres, que no comprendieron sus inquietudes. De su madre, ni una noticia. Sufriría lo indecible pensando en que la viejecita moriría pobre y abandonada, mientras ella en el cabaret bailaba y reía al compás sensual de los tangos de moda... No, no se rían ustedes... La imagino al partir, mirando, por la ventanilla del tren en marcha, perderse su ciudad natal, donde no dejaba ni un solo afecto, con los ojos húmedos de lágrimas, mientras su compañera desdeñosa, diría indiferente al dolor de la amiga:

—Muy aburrida tu ciudad. ¡Qué suerte que al fin nos vamos!

¡Las Rockefeller! ¿Habría una historia sentimental en la morena de los ojos grandes y luminosos como imaginaba el charlador del corrillo?

Quién sabe.

Por el hotel pasan rápidamente, sin detenerse mucho, los distintos huéspedes, y de ellos sería imposibles construir retratos fieles, apenas se pueden trazar, ligeramente, sus siluetas.

"LAS VIUDAS DE SUS NOVIOS

Hay quienes las califican, ligeramente, como solteronas, englobándolas, sin mayor complicación, en el grupo de mujeres, por lo general ridículas para la multitud, que no se han casado, si bien muchas solteronas hay inteligentes, que se han aburrido del matrimonio por exceso de cualidades y no por falta de atractivos.

Sin embargo, no están ellas perfectamente encuadradas en una serie tan completa; la solterona espera siempre y no dejará de esperar, si no cuando se muera o cuando la mala suerte le destroce, bruscamente, una ilusión, mucho tiempo acariciada en secreto.

La mujer que tuvo un novio que se murió, poco antes de casarse con ella, no espera ya nada; en cambio, vive del recuerdo. Es romántica y triste, no baila, y, en las reuniones, si acierta a tener un compañero que le dé confianza, fácilmente, sin preámbulos, a media voz, con frases lentas, arrastrando las palabras, le hablará de "él", del inolvidable, de su mala suerte, del collar que lleva al cuello y que él le regaló el día que se comprometieron . . .

Si la víctima, queremos decir el oyente, es galante, a pesar de los años de la viuda de su novio, le dirá que todavía es atrayente, que es joven, que solamente en las novelas cursis se quiere una vez en la vida y que ha de rehacer su idilio trunco, cualquier día, cuando encuentre un segundo novio más atrayente que el primero.

Por lo general, tienen las viudas de sus novios, el encanto del misterio, enlutadas sin luto, hacen creer, en estos días tan rápidos del shimmy y el fox-trot, que aún existen excepciones que confirman la regla y que en medio de la vida torbellinesca de hoy, saben encontrar su torre de marfil para revivir el pasado, como si para ellas perdurara la época en que los hombres se batían en serio por sus damas y durante la cual, las mujeres abandonadas por sus galanes trocaban el mundo por el convento; ellas que no tienen la vergüenza de ser sentimentales, nos parecen admirables

en su constancia, por el contraste que ofrecen con la frívola damita, que no lamenta su desilusión, sino el tiempo justo en que los músicos de la orquesta descansan, mientras atacan de nuevo el baile y con los enamorados actuales que olvidan a la incostante con la primera copa de champaña o de whisky.

Para las amigas y para los amigos, para sus relaciones sociales; en las reuniones, la viuda de su novio es siempre interesante; ella, por su estado mixto, sirve igualmente para acompañar a una mamá que se aburre, mientras su hija se divierte, como para ayudar a una niña tímida, que no quiere andar sola con su adorador, porque "todavía no hay nada", por no comprometerse, y también, para oir, si llega el caso, las confidencias de un desilusionado o desilusionada, que repite la eterna historia de los mismos desdenes. Por una historia que ella cuenta, todos se creen con derecho a contarle sus historias. Hecho el balance sale perdiendo. Si no respetásemos tanto su figura gris, diríamos que resulta un comodín...

Hasta ahora no nos hemos ocupado sino de la viuda, auténticamente viuda de su novio, pero, como hemos llegado a una altura en que todo se falsifica, resulta que, muchas veces, se cree encontrar a una de esas chicas románticas que viven del recuerdo, porque hablan muy elocuentemente del novio ido, sin que falte a la postre, alguna amiga indiscreta que deshaga la leyenda y pruebe que la evocadora de mejores tiempos, no es más que una solterona que nunca tuvo novio y que hace la comedia de haberlo tenido, por ver si en esta forma consigue el marido que tanto ambiciona y que con tanto arte finge no desear...

Comedia peligrosa, es, a veces, porque las mujeres que ya no cuentan sus años por primaveras, sino por otoños, fácilmente se enredan en sentimentalismos y suele pasarle a algunas, que empiezan por fingir llorar a un novio que no han tenido, concluir llorándolo de verdad, convencidas de que existió.

Si bien resulta imposible saber cuántas de tantas son real y efectivamente viudas de sus novios, la verdad es que siempre estas enlutadas sin luto son interesantes, o, solamente pretenden serlo...

EL BUEN TIRAL

—¿No sales hoy?

—¿Para qué salir? Cuando siento demasiado, prefiero estar solo. La soledad es una compañera siempre cómoda, no se burla nunca de nuestras gestos de dolor y sabe comprender nuestras fantasías, por más absurdas que sean.

—En buen romance traduzco así tu contestación sentimental. ¡Estás de nuevo enamorado!

—Aún no. Siento todavía como un desgarramiento, el dolor del último amor perdido. Me parece que también físicamente hubiese perdido algo de mi cuerpo y que, al salir a andar por esas calles, vacilaría como un enfermo convaleciente.

—Eres incorregible. Cada vez que pierdes una mujer, crees perder la vida y, luego, llena tu existencia otra mujer que reemplaza fácil y triunfalmente el recuerdo de la tan llorada.

—Ahora no es lo de siempre. Con este amor que terminó hace pocos días he sentido que se iba algo de mi juventud, algo de mi espíritu calaverón y aventurero; me he sentido más bueno y al sorprender una nobleza, desconocida en mí, he comprendido, con dolor, que también mi juventud comienza a irse.

—Tonterías. No veo qué tenga que ver el final de una aventura con esa prematura vejez que pretendes sentir. Todos los amores y aventuras están destinados a término fatal. Se nos van las mujeres porque nos dejan de querer o por que las dejamos de querer. Nos engañan o las engañamos o simplemente muere la pasión por hastío y agotamiento.

—Tienes razón. Todos los amores terminan como tú dices y es porque el mío no ha terminado por ninguna de esas causas que sufro ahora más que otras veces... En fin, no me entenderás aunque quieras. Sería necesario que conocieses todos los detalles, y los detalles de un amor, por grande que sea, sólo interesan a los enamorados.

—Hasta cierto punto es cierto. Los enamorados somos como

los padres con los hijos. A ninguno dejan de emocionarle las gracias de su nene, que considera originalísimas y que son, sin embargo, las mismas del nene del vecino; así también, cuando queremos, encontramos todo grande y nuevo en nuestro cariño, aunque lo que sintamos sea lo mismo que vienen sintiendo todos, desde hace siglos.

—Me das la razón y con ella me obligas a callar. Vuelvo a decirte lo del principio... Únicamente la soledad es una buena compañera.

—No obstante, voy a pedirte que me cuentes tu aventura, no sólo por egoísmo de tener derecho a contarte una mía, llegado el caso, sino también porque conozco lo apasionado que eres, de modo que en tí las vulgaridades de siempre, al salirte tan del corazón, no son sólo palabras, sino que hacen sentir y suele ser preferible "sentir, sentir" que experimentar en carne propia. Te oigo y no temas desahogar todo tu romanticismo. Te hará bien; los pensamientos, cuando son muy tenaces y los guardamos, ahogándonos con ellos, llegan a dolernos materialmente.

—Comienzo. Su belleza pasaba desapercibida... Sí, no te sonrías. Tú mismo, buen catador de mujeres, pasaste a su lado, muchas veces, durante nuestro verano último y no te diste cuenta, ni de su regio cuerpo escultural, ni de sus grandes y bellos ojos oscuros que contrastan hermosamente con una gloriosa cabellera rubia, que hace más triste su mirar hondo y pensativo. A pesar de todos los atractivos espirituales de su tristeza, a pesar de toda la atracción sensual de sus formas, tú no la viste, ni nadie se dió cuenta de que existiera en el pequeño balneario, donde los pasos de todos no quedaban ocultos para nadie. Más todavía, a pesar de que poco puedo disimular mis impresiones, ni tú ni nadie se dió cuenta de que una nueva mujer monopolizaba mi pensamiento. Era una belleza invisible.

—¿Y cómo la descubriste tú?

—Para su bien o para su mal, no sé. Porque alguien me contó su historia. Don Féliz, ese viejecito tan simpático, había sido su amigo antes que se divorciara.

—¡Divorciada! Siempre tú detrás de las mujeres con historia.

—De las mujeres con tristezas. Tengo la pretensión y la idea antigua de que el hombre debe sentirse protector de la mujer que ama y en este período de evolución, en el que abundan las mujeres artistas y sabias, no resulta fácil considerarse fuerte ante ellas, porque lejos de necesitar nuestro apoyo, pretenden enseñarnos y hasta protegernos...

—Antifeminista estás.

—No admiro a la mujer de talento y la aplaudo, pero por lo mismo que la admiro no puedo amarla.

—Volvamos a la belleza invisible.

—Volvamos. Don Félix me contó que su separación del marido había sido, hace años, ruidosa en la mejor sociedad. Los amigos de él dijeron que lo había engañado por ser viejo; otros, si bien no afirmaron terminantemente que el engaño no hubiese existido, la justificaron por ser ella muy joven, en ese entonces, y él bastante mayor que ella. El caso es que después de separada de su marido pudo decir de ella lo mínimo. No faltaron al principio, a su alrededor, tenorios, cómodos que de toda mujer vencida quieren hacer presa fácil, pero hubieron de desistir ante su indiferencia glacial y su tristeza imponente. No faltaron tampoco, a raíz del escándalo, las malas lenguas de siempre que quisieron hallar en todo un pretexto para asegurar que seguía llevando una vida ligera.

—Nunca nos conformamos con que la mujer que cayó una vez no vuelva a caer, y si vemos que no cae nos molesta. Las honradas necesitan víctimas para conservar su honradez o para aparentar que la conservan.

—A pesar de toda la mala campaña de las amigas honradas, triunfó ella a la larga, con su modestia, envejeciéndose con trajes oscuros, ocultando, bajo sombreros gachos, sus grandes ojos tristes. Así consiguió pasar desapercibido, morirse viviendo y ser, más que una mujer, una sombra. A tí te habrán llamado la atención sus hermanas, que no tienen su belleza, sin darte cuenta de que ella existe. Por eso me enamoré de ella, más que por sus en-

cantos, por sus dolores. Comprendí toda su lucha silenciosa, todo el gran esfuerzo que debe haber tenido que hacer para pasar desapercibida, siendo tan bonita, y adiviné muchas lágrimas en noches de desvelos, muchas ansias contenidas por respeto a sí misma, por consideración a su familia y por cariño a su hijo. La consideré una mártir heroica.

—Considerándola tanto, debiste respetarla.

—Esa fué mi primera intención, pero es más viejo que el mundo que el corazón no se manda. Luego, tú lo sabes, soy iluso, creí poder quererla siempre sólo idealmente y no pretendí ser para ella más que un apoyo, un buen amigo, un hermano con el que pudiera llorar. Después, lo de siempre, el hombre triunfa sobre el espíritu, la naturaleza más fuerte que nosotros, domina al final...

Sin embargo ha sido la mujer que he querido más idealmente. Cuando comprendió que mis miradas insistentes eran intencionadas, cuando vió que nuestros continuos encuentros eran provocados, no me quitó la vista, hizo algo más, me suplicó con su mirar triste, que no perturbara su vida. Sí. Hablaba su mirada. Nunca he visto tal expresión de terror en unos ojos. Creo que sólo los que van a morir ajusticiados pueden reflejar tan elocuentemente la angustia en las pupilas. Ante esa súplica muda de ella debí haber desistido, pero fuí cobarde y vanidoso. En su ruego adiviné el vencimiento, insistí cada vez más. Nadie se dió cuenta, pero la perseguí tenazmente. Cartas apasionadas todos los días.

—¿Cómo se las entregaban?

—Desde antiguo los enamorados han sido ingeniosos. Las dejaba caer sobre el libro de misa los domingos en la iglesia del pueblo. En su maletín cuando iba de visita, a casa, con sus hermanas, en el fondo de su sombrero, cuando todas se lo sacaban en las mañanas de la playa. En fin, me exponía, y, más que eso, la exponía. Nunca hablaba con ella, por no despertar sospechas y también con mal intencionada táctica, porque tenía más fe en mis cartas que en mi palabra. Al fin contestó. Ofendida, pero

suplicante; me decía que su vida deshecha, triste y dedicada ya por entero a su hijo. En fin, que sería esa su única respuesta.

—Sin embargo, volvió a contestar después. No era tan difícil entonces.

—No la acuses. Cuando el amor manda, cuando se siente realmente no se hace mal, y no es que yo sea irresistible... Fuí oportuno solamente, ella tenía miedo de caer y consciente de su debilidad hizo el mayor sacrificio que puede hacer una mujer, conseguir pasar desapercibida y ocultar su belleza. Se suicidó en vida como ya te lo dije. No tuvo ella la culpa de que yo fuera a profanarla en la tumba.

—¿Triunfaste entonces?

—Triunfé y sufrí más con el triunfo. Qué difícil nos era en ese pequeño mundo del balneario cambiarnos las cartas. Casi nunca nos hablábamos, pero en medio de esa angustia constante tuve también momentos gloriosos.

—¿Te acuerdas de la gran kermesse de caridad celebrada un Sábado en la noche? Ella no fué, yo estuve un momento y me salí. Toda la sociedad estaba reunida en el sitio de la fiesta. La fuí a buscar en nuestro automóvil. Pedro, el chauffeur, quiere a su "patroncito", como él me llama, y podía confiar en su reserva. Nunca encontré mejor el paisaje del balneario, jamás las olas cantaron para mí una canción más elocuente. Tomados de la mano hablamos mucho en una hora nerviosa y breve. No quise saber detalles de la separación. Celos injustificados de él, temeroso de ser despreciado a sus años, altiveces de ella, acusaciones falsas. Desprecios del marido que adivinaba, demasiado tarde, que la mujercita ingenua no había llegado hasta él por amor ni siquiera por afecto, sino impulsada por los padres, arruinados, tras de su cuantiosa fortuna. La eterna historia de las familias venidas a menos que pretenden reconquistar el lujo y las comodidades perdidas, vendiendo disimuladamente a sus hijas, olvidándose de que es muy cruel ponerle precios a los sentimientos y que arrancar oro al corazón es muy peligroso. Por último, la separación, la vuelta a su casa, el cariño a su hijo, el desprecio, a veces franco, a veces mal disimulado, de sus hermanas solte-

ras, que no le perdonaban el haberlas salpicado ante la crueldad de los demás con su desgracia. El rencor de su hermano, ese niño bien, tan elegante como inútil, que pensó que la fortuna y la influencia del cuñado habían de asegurarle su ociosidad perpetua. En fin, esa noche, después de oirla hablar largamente y de saber su vida, más triste de lo que yo la imaginaba, la quise con más fuerza que antes y la admiré con más convicción...

Sienpre hay toda una tragedia en una mujer separada de su marido, ya que entre nosotros no existe el divorcio absoluto, sino únicamente la separación oficial. Los padres, de ideas antiguas, aunque ellos hayan sido los culpables del mal matrimonio, guardan siempre resentimiento por la hija, que, según ellos, ha puesto una mancha en el inmaculado honor de la familia. Las hermanas, a las que la sociedad también pretende hacer víctimas por reflejo, sin considerar la injusticia ajena, ven sólo el efecto y poco a poco se adueñan de ellas cierta adversión por la que creen causante de sus pequeñas penas frívolas, sin pensar en que ella sufre más sin culpa también.

Reflexionando en todo esto y viendo correr las lágrimas por sus bellos ojos oscuros, profanados con el llanto, pues parecen haber sido hechos para admirarlos únicamente, hubo momentos en que la bondad se impuso por sobre mi pasión y más que su adorador me sentí su hermano, como aspiraba a serlo, antes de hablarla.

—Con el tiempo triunfó el amor, sin embargo, por sobre todos los idealismos?

—Triunfó el amor, y seguimos queriéndonos, después, a nuestro regreso. Queriéndonos y sufriendo. Largos días sin poder hablarnos, sin cambiar una carta, entrevistas rápidas, apasionadas y nerviosas, con todas las dificultades de esos amores, que el vulgo llama culpables... Y el de ella para mí era noble, estoy seguro, y el mío, para ella también, pretendo creerlo.

—¿Acaso te engañabas a tí mismo, cubriendo con el romanticismo tu pasión satisfecha?

—Cuando nos engañamos a nosotros mismos, no somos culpables de falsedad.

Es un honor el que nuestro corazón sea tan potente que llegue a anular nuestro cerebro. El triunfo del cerebro sobre los sentimientos es propios de los hombres prácticos, de los comerciantes, de los políticos utilitarios; en ellos quizás sería ridículo que se dejaran dominar por la parte espiritual que hay en el fondo de nuestro ser, pero en nosotros jóvenes todavía, que aún no nos preocupa acrecentar el depósito de la cuenta corriente en el banco, porque no la tenemos... deben imponerse siempre los ensueños sobre las verdades. En el mundo se hermanan los niños con los viejos, porque los primeros no ambicionan nada, porque lo desconocen todo y los últimos, no teniendo nada por conocer, nada ambicionan tampoco. Por eso más fácilmente comprende el abuelo las locuras del nieto que su propio padre. La vejez y juventud sostienen la parte ideal que aún queda en el mundo. Los extremos se tocan, son hermanos los que principian con los que terminan.

—Pareces un predicador iluminado.

—Es que todavía hablo al través de su recuerdo. La quería tanto que en medio de mi gran amor, un poco egoísta, lo confieso, nunca dejé de pensar en su bien. Quise saber cómo era su marido, cómo educaba ella a su hijo y si nunca había pensado en reconciliarse con el padre por el afecto al pequeño retoño, en que tantas esperanzas ella tenía puestas para el futuro. Supe que varias veces él había buscado la reconciliación y que ella lo había rechazado. A riesgo de perderla, siendo ella todo para mí, pensando en su bien, la inculqué la idea de que tal vez con el tiempo se juntaría de nuevo con su marido y que si bien no encontraría a su lado la felicidad completa que todos perseguimos sin alcanzar nunca, por lo menos podría hallar un calor de hogar, más confianza en sí misma y menos egoísmos que al lado de su familia, que tú ya sabes como es, alegre en apariencia, pero amargada en el fondo, porque aún después de perdida su fortuna, sigue figurando igualmente a costa de quizás qué sacrificios. Mi actitud te dará a entender claramente que hasta ahora ningún amor, semejante siquiera, pasó por mi vida. Nunca he sido malo con las mujeres, es cierto, pero sólo he sabido quererlas. Las he creí-

do buenas cuando me han querido. Me hacían feliz y eso me bastaba, nunca pensé que mientras me daban alegría podían ellas sufrir o que el dármela podía causarles dolor.

Así es como queremos siempre, aún más, suele suceder que mientras mayor es nuestro cariño mayor es nuestra crueldad. Nos disculpamos en nombre del amor, olvidándonos, de que el amor no debe hacer daño a nadie nunca.

Y después nos extrañamos porque una mujer nos deja sin motivo aparente que justifique su abandono. Es posible que procedamos así, con egoísmo, pero no debe ser así, sin embargo. Debemos pensar que recibir y recibir siempre, sin dar nada en cambio, es una injusticia. Así lo comprendí yo en mi último amor y es por eso que quise rehacer su vida, a riesgo de destrozar la mía.

—Procedías bien.

—Procedí mejor. Sin que ella lo supiese, me hice amigo del marido, me capté su confianza y me convencí de que era un hombre bueno, desgraciado por haberse casado con una mujer más joven que él, sin reflexionar en los antagonismos que separan la primavera del invierno. Obtenido este convencimiento, que era indispensable a mi plan, pues no creo que una mujer deba vivir junto a un hombre que no quiere y malo por añadidura, pretendí ser Quijote y darle yo a ella, en pago de su amor el sacrificio del mío. Quise que fuera de nuevo respetada.

—Siempre se respeta la mujer de un hombre rico e influyente.

—Que fuera de nuevo una señora. Que volviera a ser ella y dejara de seguir viviendo oculta.

—Admirable desinterés.

—No, tanto, había también de por medio un poco de egoísmo.

—¿Cómo?

—Voy a hacer un preámbulo para explicarme. Si eres observador te habrás fijado en los bailes, en un detalle frívolo. Suelen pasar algunas mujeres largo tiempo sentadas, sin que nadie se preocupe de ellas, bien porque no son atrayentes o porque están mal arregladas; en fin, el caso es que "planchan" y parecen des-

tinadas a seguir haciendo durante toda la fiesta un papel igualmente desairado. No obstante, si hay quien por lástima la saque una o dos veces, resulta que esa muchacha insignificante o fea, pasa a ser, no se explica por qué, la más cortejada.

—¿Y eso qué tiene que ver con tu romanticismo y tu dama?

—En el amor sucede lo mismo. Puede una mujer pasar mucho tiempo sin tener un solo candidato; sale el primero, y quizás por qué ley desconocida, junto con la presentación del único pretendiente de su vida, adquiere ella un enorme poder de atracción, que hace multiplicarse, a su alrededor los festejantes ávidos, tanto el que se había fijado en ella, por considerarla más fácil, porque era, tal vez, un tímido enemigo de temer competidores, se asombra y no se explica el fenómeno.

—No me parece que exista tal fenómeno. Es cuestión de estar con la buena o mala racha. Lo mismo te pasa con la ruleta o las carreras. Te viene la buena o te viene la mala. Pierdes o ganas. No se puede reglamentar la suerte.

—Sea lo que sea. No voy a discutir si puede aplicarse la misma medida del juego a las mujeres.

—La misma. En el juego y con las mujeres nunca sabemos como nos va a ir, aunque siempre pretendamos creer, anticipadamente, que vamos a triunfar.

—El caso es que junto con empezar a querernos, ante ella brotó un gran número de pretendientes: audaces unos, tímidos otros, jóvenes y respetables. Ante este asedio yo tuve temor por ella y por mí.

—¿Pero, no la considerabas una santa?

—Muy buena la creía y le hago el honor de suponer que habría sido una excepción al axioma de un personaje de Benavente.

—¿A cuál?

—Al que sostiene que la mujer es para nosotros lo que hemos querido que sea y que si la hemos hecho traidora no debe extrañarnos que también nos haga traición. No llegué a tener de ella el miedo vanidoso de que no fuera sola mía, porque estaba muy alta en mi aprecio y en mi corazón, pero ese asedio de pre-

tendientes me pareció que la humillaba y que algo de culpa mía podía haber en él. Todo esto influyó para que ahora pueda asegurarte que el último intento de reconciliación de él, fué por mí y que la aceptación de ella es sólo obra mía. Ahora viven juntos, tal vez, casi felices.

—No has hecho bien, entonces, porque actualmente, sí que su falta no tiene disculpa, ya que engaña a un hombre que ha vuelto a su lado de buena fe.

—Me juzgas mal. La creo salvada para siempre. Lo sacrifiqué todo a su felicidad y a su hijo, que quiero como si fuese mío, porque es de ella. Le impuse la vuelta con su marido, despidiéndome de su amor definitivamente. Consideré más su bien que mi pasión. La sigo queriendo como nunca, más que antes, y, sin embargo, tendré el valor de sufrir solo, sin intentar reanudar el cariño mayor de mi vida.

—¿Y ella? ¿Habrá comprendido tu sacrificio? ¿No creerá que has procedido así, por cansancio de quererla? ¿No creerá que te has aburrido de su belleza, un poco marchita por los años que te lleva y sus dolores?

—No creo que me juzgue mal, porque, como tú dices, soy tan apasionado, que en mis frases y en mis actos, cuando quiero, se ve mi corazón, pero aunque así fuera, aunque me juzgara mal, ahora al sufrir por el buen final de esto que, para otros habría sido una agradable aventura y que para mí ha sido un desgarramiento definitivo, siento que por sobre mi dolor hay algo más grande, porque al recordar la tristeza del amor que yo mismo finalicé cruelmente, podré decir que una mujer siquiera, de las que me han querido, ha logrado de mí, no sólo el amor, que ese egoísmo, sino también protección desinteresada. Por eso te decía al principio que, junto con el cariño que he perdido me he sentido más viejo, porque me he sentido más bueno.

—Para aprovechar esa bondad naciente, debes ir pensando en casarte; así darás gusto a tus padres que no seguirán creyendo en tu posible perdición... No haga gestos de protesta. Cuando las heridas no causan la muerte, tarde o temprano cicatrizan definitivamente. Es prosaico, pero no hay más remedio que con-

formarse con la realidad; mientras más nos alejamos de ella con nuestros sueños, más cerca las sentimos después, cuando el sueño pasa. Así es que, aunque muy romántica tu historia, deseo que la olvides pronto.

—¿Olvidar? No es difícil decirlo, pero cuando se siente el dolor del idilio deshecho, duele la angustia de no haberlo podido saborear hasta el final.

—Es viejo aquello de que el hombre pretende encontrar en toda amante algo de madre... En tí tendría la madre y la amante, unidas en una sola mujer encantadora.

Sonrió Jorge al terminar la frase, mientras su madrastra, con el ceño arisco, decíale, en un tono de indignación, sospechosamente violento:

—¡Cínico!

Iba a replicar, cuando la voz de su padre interrumpió:

—¿Por qué te indignas así con Jorge, Emilia?

El muchacho disimuló su turbación con una sonrisa y ella, displicente, repuso:

—A toda costa quería explicarme los cuadros de unas revistas que vió en París, para hombres solos.

Ya más tranquilo, Jorge pudo finalizar el embuste:

—Y para señoras turistas...

Bondadoso, el padre le reconvino:

—Te vas a ganar el calificativo de cínico otra vez.

Disponiéndose a salir, Jorge puso término a la conversación:

—Porque no se me insulte de nuevo, me voy y conste: ofendido y agraviado.

Cuando quedaron solos, don Enrique interrogó a Emilia:

—¿No sales hoy de compras?

Como él notase que su voz no era la de siempre, solícitamente le preguntó:

—¿Es que te sientes mal? Si te aburres aquí, podemos viajar.

No tengo ánimos. Hasta el ir de compras me aburre ya.

—¿No quieres ir a París, a ver las revistas de que hablaba Jorge?

Sin corresponder a su solicitud, Emilia contestó apenas:

—No es nada. El frío, estos días de niebla. Voy a tocar el piano a ver si se me pasa.

—Que te distraigas. Yo voy a hacer mi siesta de costumbre.

* * *

Sus manos se deslizaron maquinalmente sobre el piano y luego se quedaron fijas, oprimiendo las teclas mudas.

¿Ir a París a ver las revistas de que le hablara Jorge?

El recordar la insinuación la hizo sonreír alegremente, pero a la sonrisa siguió una mueca de fastidio.

Teatros, paseos, diversiones, en Buenos Aires y en el extranjero. Todo lo que en la vida puede llamarse placer, lo había tenido, desde que se casó, pero sin sentir, nunca, una alegría verdadera.

Las nuevas sensaciones, al pasar, de improvviso, de una vida humilde a la de millonaria, sólo le produjeron chispazos fugaces de entusiasmo, que decrecían con sólo mirar los ojos cansados de don Ernesto, de casi tanta edad como su padre y que, sin embargo, era su marido, a lo que no se habituara ella, sin una constante pesadumbre vaga y sintiendo nostalgias de momentos no vividos, pero sí entrevistos, en sus noches de desvelos, cuando soltera, al recordar algunos piropos audaces, hechos en la calle a su belleza triunfante.

Bondadosa, acostumbrada a sufrir en silencio en el hogar de sus padres, venidos a menos, por una especulación desgraciada, la tristeza de su juventud sacrificada, fué siempre digna y los pájaros de presa que merodean habitualmente alrededor de la mujer joven casado con un viejo, no pudieron nada contra su serena melancolía, incapaz de dejar de ser una triste resignación y convertirse en un desquite triunfal, como se lo propusieran muchos.

Cuando se casó, o la casaron, con don Ernesto, que antes vivió bien diez años de viudez, no la inquietó siquiera Jorge, el hijastro, que, por algún tiempo la llamó mamá y pronto casi desapareció de la casa para hacer su vida de niño bien y con plata, entre mujeres alegres y locuras inverosímiles, toleradas por don Ernesto, hasta que un escándalo ruidoso obligó que lo llamara al orden y le mandase a Europa, para que se olvidaran en Buenos

Aires y volviera después a trabajar, al frente de sus cuantiosos intereses.

La vuelta de Jorge, regenerado o cansado de placeres, turbó la resignada tristeza de Emilia.

El muchacho hacía una vida de hogar, casi exclusivamente.

Al dedicarle primero algunas atenciones, para después pasar francamente, a ponerle un cerco de enamorado sabio e inteligente, reavivaron en Emilia sus nostalgias de placeres entrevistos y no tuvo el valor de evitar el asedio, con una resolución terminante, por no romper la cordialidad entre padre e hijo, reiniciada, con sincera alegría, por don Ernesto.

Viviendo en una intimidad constante y sin poder evitar a Jorge, como a otros pretendientes, su dormida ansia de amor despertó, sin que ella se diese cuenta casi.

Recordaba, con gratitud, ante sus audacias, que al llegar a la casa lujosa, pero triste, de don Ernesto, lo único que le dió sensación de juventud y vida, fué ese chico bullicioso y alegre, con ocho años menos que ella, solamente, por lo cual resultábale graciosísimo que le dijera mamá, con un tono más de burla que de respeto.

Seguían las recordaciones, mientras sus manos continuaban fijas en la mitad del teclado del piano y si bien a ratos trataban tocar, como para disipar los pensamientos tenaces, pronto volvían al mismo sitio, tal si un imán las paralizase allí, como a su cabeza, dominada por la idea fija, agorera de algo grande y definitivo.

* * *

Entró Jorge, haciéndola salir de su ensimismamiento, al besarle la nuca, beso al que ella respondió con un brusco:

—¡Insolente!

—No soy insolente, sino sincero con mis sentimientos y mi corazón. Hipócrita...

—¿Hipócrita yo? No tienes ningún motivo para llamarme así.

—Eres hipócrita porque también me quieres y te gustan mis besos, aunque los rechaces.

—Esas son pretenciones tuyas. Ahora estoy dispuesta a terminar con tus insolencias y audacias. O me dejas tranquila o se lo diré todo a tu padre.

—No le dirás nada a mi padre, porque también te sientes culpable.

—No me siento culpable y no soy una mujer de esas que tú acostumbras tratar.

—Porque no eres una mujer de esas estoy seguro de tu cariño por mí.

—¡Curioso criterio el tuyo!

—Lógico, nada más. Eres una mujer honesta y yo lo sé mejor que nadie.

—¿Y entonces?

—Una mujer honesta, en las circunstancias tuyas, siendo yo el hijo de tu marido, ante mi primera audacia, si no sintiera amor, se habría indignado resuelta, definitivamente.

—Yo te dije que hacías mal, que quería mucho a tu padre y que si él lo supiera, sería capaz hasta de suicidarme.

—Es cierto, pero te sonreiste, con una sonrisa de miedosa alegría pero de alegría al fin.

—Así la interpretarías tú.

—Porque sé que me quieres, como yo te quiero, locamente.

Y Jorge al terminar la frase trató de besarla en la boca, defendiéndola ella decididamente, sin poder evitar, en cambio, que la besase en el cuello, en los ojos y en todos los sitios que las manos, nerviosas y asustadas, dejaron libres.

Sólo se contuvo al verla llorar y salió, mirándola complacido, al ver que se quedaba triste, con la cara entre las manos, pensativa y más inquieta que antes.

Después de un tiempo prudencial, calculando que estaría calmada, volvió.

Emilia trató de irse, pero él le prometió ser formal, asegurando que sólo quería conversar largamente, pero como temiese ella otro arranque del muchacho, quedaron de acuerdo en que tomarían juntos el té en una confitería.

* * *

En su charla en la confitería, Jorge hizo derroche de ese cinismo que le criticara Emilia y que, posiblemente era lo más simpático que había en él.

A los escrúpulos de ella opuso una moral propia, tal vez no original, pero convincente para una enamorada.

Le explicó que quería a su padre, seguramente más que ella, pero que en la vida no se es malo con los demás porque se les haga daño, pues basta que los otros ignoren el mal que se les hace, para aparecer como bondadosos ante ellos.

A los alardes de ella, insistiendo en su calidad de mujer buena, replicó que el corazón cuando siente, no sabe ni lo que es bueno, ni lo que es malo, que la naturaleza contrariada, toma, tarde o temprano, su desquite y que su resistencia había de agotarse algún día, para caer con todos sus anhelos insatisfechos, en brazos de un cualquiera, que no sabría apreciar su pureza de espíritu, juzgándola mal, junto con obtener el triunfo.

Le agregó, por último, que él, en cambio, por ser de la familia, continuaría siendo, siempre, el más decidido paladín de su honor.

Tanto argumentó, que, al fin, la convenció para que hiciera una rápida visita a su departamento de soltero...

* * *

Después de la visita dialogan:

—¡Tanto que me costó convencerte y tanto que te costó decidirte. ¿Sigues creyendo que soy un cínico?

—¡Eres un cínico! Un cínico delicioso...

* * *

Una vez más, vulgarmente, la naturaleza, el amor o el instinto, habían triunfado, cínicamente...

ANA MARÍA

El aguacero persistente y tenaz, implacable, sigue cada vez con más violencia. La lejana calle arrabalesca ofrece desolado aspecto. Los míseros faroles a parafina alumbran sólo débilmente, sus frágiles llamas se confunden con el viento que sopla silbante y hostil. El tiempo está pésimo, nadie transita por las accidentadas aceras, en cuyas pozas, al caer del agua resuena monótonamente triste. El fondo de la cuadra se ve más lóbrego todavía, cerrado por la enorme mole del muro de la fábrica colindante.

La gran puerta del conventillo de "La Higuera", permanece a medio cerrar, a la espera de algún habitante rezagado en la llegada al hogar, retenido en la mala cantina, aliviadora de penas, o en la rudeza del trabajo nocturno. La pieza a la calle, inmediatamente vecina, también permanece con su puerta entreabierta, y semi iluminada por una gran lámpara que pende del techo, guarnecida con papeles chillones, de los más diversos colores, y entre los cuales las moscas han dejado, perennes, sus huellas infectas.

Tras el marco de la entrada se divisa, en primer término, una mujer joven, que atisba inquieta y curiosa hacia la calle sola, con el oído atento, tratando de escuchar algo más, por sobre el triste sonar del agua que cae.

La muchacha es joven y bonita. Morena y de grandes ojos claros. Sólo denotan en ella el tipo popular, su vestir modesto y la dureza de sus rasgos, que, aun así toscos, tienen cierta belleza dura y altiva. Está arreglada con descuido; su espesa mata de pelo negro, mal peinada, la cubre parte del rostro, al que una palidez de enferma hace huraño y sombrío.

Los ojos pálidos y tristes de la mujer, inquietos, miran a ratos hacia la calle sola y luego contemplan el interior, maquinalmente. Se lo sabe de memoria: un metro hacia el fondo, está un pequeño mostrador, luego una estantería con paquetes de té, latas de conservas y botellas de vino y cerveza; después sigue un tabique de tela multicolor con floreados dibujos, y por último, el cuarti-

to dormitorio, que también ha servido muchas veces, de sitio de reunión a los parroquianos familiares.

Muy abrigado, hay ahora en él, en la cama que oculta un biombo, haciendo pequeñísimo bulto, un chiquitín de pocos días, que duerme tranquilo y confiado.

Al sentir taconear, fuertes y cercanos, los pasos de un hombre, la mujer tiene un nervioso estremecimiento, y maquinalmente, casi sin darse cuenta, abre un poco más la puerta. En ese mismo instante el hombre enfrenta y al verla, se sorprende un tanto y la dice entonces, con voz extraña.

—Buenas noches, Ana María.

La respuesta de ella apenas se oye:

—Buenas noches, Juan Manuel.

Luego, los dos quedan suspensos un segundo, como queriendo decirse algo más. Ninguno se resuelve y el hombre continúa bruscamente su camino, doblando en la puerta del conventillo, por la que entra lentamente. En igual forma Ana María se para, empuja de nuevo la gran puerta y afirmada en ella, fija sus claros ojos en la silueta que ya se pierde en la lobreguez del patio enorme, que parece bostezar una tragedia.

Pasan unos instantes, se resuelve al fin y grita con tono de esfuerzo ahogado:

—¡Juan Manuel!

El hombre se detiene sorprendido y vuelve hacia la calle, apresuradamente. En la puerta del despachito, Ana María lo invita a entrar y le habla lentamente, avergonzada, bajando sus bellos ojos que parecen van a llenarse de lágrimas en un instante más:

—Tú me has querido mucho, Juan Manuel; perdóname que te lo recuerde. Sé que eres bueno. Yo he sido muy mala. Te voy a pedir un favor. Tengo que salir esta noche y me da miedo, siento terror andar sola, me parece sentir la voz de mi madre que me maldice y me figuro verla mirando hacia los ladrillos, agachada, como estaba en los últimos años..., pero ahora me parece que también hay fuego en sus ojos siempre tan dulces.

Juan Manuel no habla. Asiente apenas con la cabeza. Su rostro enérgico, de hombre fuerte, se ha tornado sombrío.

La muchacha va hacia adentro y vuelve arrebujada en un gran pañuelo negro de rebozo; en sus brazos, el pequeño niño, despertado de improviso, llora débil pero dolidamente.

Silenciosos dejan el almacén; a poco andar Juan Manuel pregunta a dónde van, y ella contesta con brusquedad, en tono cortante de desafío:

—A los Huérfanos.

Sin responder, Juan Manuel silba a un coche que se divisa a la distancia.

Al subir y dar la dirección de la Avenida Providencia, el cochero, un viejo de mal gesto, prematuramente sospechoso, refunfuña entre dientes:

—Seguramente un guacho más. Pa qué tendrán hijos si no son capaces de criarlo, maldita sea la...

Afortunadamente la pareja no entiende la frase.

El coche emprende el camino dando tumbos por las calles llenas de hoyos y lodazales.

Ni Juan Manuel ni Ana María dicen una palabra. El silencio sería absoluto si no lo interrumpiese a ratos el pequeño con débiles quejidos lastimeros.

Ana María y Juan Manuel deben hacer idénticos recuerdos lejanos en esta noche de lluvia y de pena.

* * *

Desde niños Juan Manuel y Ana María fueron camaradas. La Madre de Ana María, muerta poco más de dos años atrás, tenía desde hacía mucho tiempo su pequeño almacencito vecino al conventillo de "La Higuera", donde Juan Manuel vió desarrollarse junto con la de Ana María, su adolescencia.

De precoz talento, Juan Manuel fué el maestro de Ana María en las primeras letras, juntos alegraron sus días juveniles en juegos inocentes, y juntos sintieron por primera vez el amor, cuando al darse un beso como de costumbre, y por broma, encontraron en él un encanto nuevo, que los amedrentó en un principio, les supo después a gloria, y por último, les hizo ser menos expansi-

vos en sus juegos y más graves en sus charlas, durante las cuales se quedaron largamente pensativos muchas veces, sorprendiéndose mutuamente en acecho en varias ocasiones, como culpables de un pecado que no se explicaron sino mucho tiempo después, cuando ya los años, indiferentes y crueles, señalaron a sus espíritus el sendero de la verdadera vida.

Fué Juan Manuel quien formó los primeros sentimientos de Ana María. Obrero ilustrado, miembro de varias sociedades y dirigente obligado de todos los movimientos populares, habíase formado un carácter enérgico, para protestar de las injusticias de los de arriba contra los de abajo; al mismo tiempo su corazón respiraba terneza y amor para lo de su clase, a los que trataba de guiar y educar, sabiendo que si se les explotaba, era en gran parte, gracias a sus vicios y a su ignorancia.

Esta lucha de Juan Manuel en favor de sus compañeros, lo hizo alejarse un tanto de Ana María, al ser ya hombre. Sacrificó en parte los anhelos de su corazón y dejó en olvido, a lo largo del camino del apostolado, su gran amor de niño.

Cuando la madre de Ana María murió, ya no existía entre ella y Juan Manuel, el amor que se tuvieron cuando muchachos, ni tampoco se sentían hermanos como cuando niños.

Sola y hermosa, Ana María, luego después de la muerte de su madre, atrajo a su alrededor a varios adoradores falsos, que vieron en ella una fácil conquista, a una víctima a quien nadie defendería más tarde. Los jovencitos decentes de la gran avenida cercana, hicieron del pequeño almacén su sitio obligado de reunión. En la trastienda se juntaban a jugar, a beber, y charlar, y más que todo, para halagar con vibrantes galanteos las veintidós primaveras de la dueña. En estas reuniones solía alternar también Juan Manuel. Siempre que iba, su presencia causaba en el humilde recinto del almacén cierta severidad; los "jovencitos" adivinaban en el mirar receloso e inteligente del obrro, a un enemigo difícil de vencer.

Ana María ante él, quizás recordando otros días, se tornaba más seria y menos asequible.

La casualidad vino a ayudar al más asiduo pretendiente de

Ana María, que quería quitar a toda costa a Juan Manuel de su lado. Se vió éste comprometido en un movimiento popular y como cabecilla, se le tuvo preso durante varios días. Esto sirvió de pretexto al audaz conquistador para convencer a la muchacha que no debía admitirlo en el almacén, pues se le vigilaba, y podía verse comprometida en algún proceso enojoso. Creyó ella de buena fe, en el consejo de quien con tanto arte le mintiera y no vaciló en hacer saber al obrero sus deseos de que no se acercase más a su casa.

Herido Juan Manuel por la ingratitud, ni replicó siquiera.

El obstáculo estaba ya eliminado.

La juventud de Ana María, su debilidad de mujer, su falta de cultura y la soledad hicieron lo demás.

Conseguido su objeto, al conquistador no se le vió ya por la humilde calle del arrabal.

Todas las comadres del conventillo comentaron después acremente el caso, como un escándalo, y Juan Manuel oyó con rabia y pena, hablar mal de Ana María, a la cual todo el conventillo decía despreciar, no tanto por su falta, sino por haberla tenido con un caballero. ¿De dónde habría sacado la niñaza meterse a señorita?

* * *

Juan Manuel no se había visto con Ana María, desde el día en que ella lo despidiera, hasta esta noche de lluvia, en que ambos van tristes y silenciosos, uno al lado del otro, en el coche que marcha al trote de los escuálidos caballos, por la Avenida Providencia, vecina al río, que rumorea sordamente, acrecentado por la lluvia.

Al llegar a la tornamesa de los carros, Juan Manuel hace detenerse al cochero. No quiere que éste se imponga adonde van.

Siguen a pie los dos, cabizbajos y silenciosos. Ya no llueve casi. Débilmente, chispea apenas. Se acercan ya a la casa de Huérfanos, cuyas torres, en el horizonte ponen una nota extraña, hosca y amenazante.

Al cruzar la reja, Juan Manuel interroga a Ana María, marcando las palabras, en tono de reproche.

—¿Por qué haces esto?

Ella responde ahogando un sollozo:

—¡Porque no lo quiero..., no lo quiero... Su padre es un canalla!

Juan Manuel calla unos instantes, luego agrega dulcemente y con ternura:

—¿Y si en lugar de su padre, yo...?

Ana María, no le deja concluir la frase, el sollozo contenido estalla desbordante de sus ojos claros.

No hablan ya más. Casi alegres inician el regreso con el niño, que ahora no llora.

El cielo se ha despejado completamente y lucen en él, luminosas y claras, las estrellas. La luna sonríe alegre. En el ambiente, en la atmósfera, y en todo, parece vibrar un ideal, un gran ideal de bondad y de belleza.

LA TRADICIÓN QUE SE VA...

Comedia en tres actos breves

PERSONAJES:

Marta.
Doña Ana.
Adriana.
Julia.
Juana.
Enrique.
Arturo.
Jorge.
Pedrito.
Don Juan.

ACTO I

Hall, living-room o vestíbulo elegante, mesas, divanes, sillones, puertas a derecha e izquierda, la puerta de calle se supone al fondo del escenario, en el que debe verse una especie de pasillo y una percha para sombreros y bastones.

ESCENA I

Enrique, Arturo y Juana

JUANA.—*(Precediéndolos, les abre la puerta del fondo y espera un momento, mientras ellos dejan bastones y sombreros, ambos visten smoking).*

ENRIQUE.—*(Al entrar con Arturo)* Siéntate, Arturo. *(A Juana)* ¿Terminaron ya de comer?

JUANA.—Están en el café, señor.

ENRIQUE.—Muy bien. Llegamos a tiempo. Tráenos aquí dos tazas y avisa que he llegado; pero no digas con quién vengo.

JUANA.—*(Retirándose)* Está bien, señor.

ESCENA II

Enrique y Arturo

ENRIQUE.—*(A Arturo)* Quiero darles la sorpresa. Será mayor que cuolquiera otra que puedan recibir en esta noche de carnaval. Hace tantos años que no te ven.

ARTURO.—Quizás no me reconozcan.

ENRIQUE.—Te reconocerán en seguida. No estás ni tan viejo, ni tan cambiado.

ARTURO.—Sin embargo, los años que he pasado en el norte, a solas con el trabajo y la naturaleza, tienen que haber hecho de mí otro hombre, muy distinto del estudiante que ellos conocieron.

ENRIQUE.—Déjate de pavadas. Dale con el temita. Soy el primero en reconocer tus méritos y tu esfuerzo por hacer fortuna; pero no pretendas aumentarlos ante mí, haciéndome creer que junto con la fortuna ganada, has perdido salud y juventud. Tú siempres has sido el intolerable hombre grave y serio.

ARTURO.—En realidad, es curioso, cómo con caracteres tan diametralmente opuestos, siempre hemos congeniado bien.

ENRIQUE.—A mí, dado el escepticismo alegre que me domina, no me parece eso nada de extraño, sino lo más natural del mundo, que siendo tan distintos, nos hayamos creído, casi hermanos, muchas veces. ¿No piensas tú lo mismo?

ARTURO.—Francamente no; y si no te explicas me quedaré en ayunas.

ENRIQUE.—Muy sencillo. Hemos congeniado siempre, porque siendo tan distintos uno del otro, nuestros intereses nunca han sido comunes tampoco. A ti, podía hacerte confidente de mis sueños literarios, cuando estaban todavía en embrión y tú me los deseabas sinceramente hechos en realidad, como yo quería tu

triunfo en los futuros negocios en proyecto, porque ni tú tenías intereses literarios ni yo comerciales; tienes explicado entonces, por qué nunca hemos estado siquiera cerca de poder hacernos daño.

ARTURO.—Creo que exageras tu pesimismo.

ENRIQUE.—¿Pesimista yo? ¡Si soy todo lo contrario! Un escéptico, pero optimista. Para mí, todo es alegre, porque no sentiré jamás el dolor de las ilusiones perdidas, ni la melancolía de las golondrinas que se van, ni del sol que se aleja, como no me sorprenderá románticamente el otoño, porque ya de antemano sé por el calendario, cuando parten las golondrinas, la hora en que el sol se va y el día en que el otoño llega y cuando esto se sabe anticipadamente no sorprende ni interesa. Soy un optimista. ¿Te has convencido?

ARTURO.—Aunque no esté del todo convencido, te deseo que lo seas y que conserves siempre tu carácter alegre.

ENRIQUE.—Lo único que vale en la vida y que tiene el cruel derecho de emocionarnos, es lo imprevisto, lo inesperado, o lo que por haberlo esperado mucho creemos que no llegará jamás.

ARTURO.—*(Reflexivo, un poco triste, repite)* Lo que por haberlo esperado mucho, creemos que no llegará jamás.

ENRIQUE.—*(Lo mira con sorpresa un momento, luego dice alegre)* Como ese café que tarda demasiado.

ESCENA III

Los mismos y Marta

JUANA.—*(Entrando con el café)* Ya está el café, señor. *(Luego acerca el café a una mesita chica junto al diván donde están sentados).*

ENRIQUE.—*(Mientras Juana sirve)* ¡Lo ves! ahí está lo triste de la vida. Esperamos mucho algo que ambicionamos más y cuando creemos que lo esperaremos toda la vida inútilmente, llega,

y junto con llegar, sufrimos el desencanto de ver que lo que ambicionábamos, ya no nos interesa.

(Juana termina de servir el café y se va).

ESCENA IV

Enrique y Arturo

ARTURO.—Es que para tí la lucha por la vida te ha cido fácil. Por eso no has gustado plenamente el placer del éxito.

ENRIQUE.—No existe el placer del éxito. No hay más placeres que los de los siete pecados capitales. ¡Que ojalá fueran ocho!

Hoy es carnaval, primer carnaval que pasarás en Buenos Aires, después de tanto tiempo, y te lo haré pasar divinamente. Te lo juro. Primero. Programa de gente bien, baile social con mis hermanitas en "El Tigre", un poco aburrido para mí, te lo confieso; pero que pasaré con la idea de que después nos iremos a un baile de ambiente *menos bien;* pero donde lo pasaremos *mejor.*

ARTURO.—Mi encuentro contigo ha sido providencial. Me sentía triste, te lo confieso. A pesar de haber nacido en Buenos Aires, ahora, después de tan prolongada ausencia, me creía un extraño en él. Caminando por las calles llenas de gente y de ruido, con los preparativos para esta primera noche de carnaval, me parecía que todo ese ambiente alegre me era hostil.

ENRIQUE.—Tonterías tuyas. Apenas te des a conocer y en cuanto sepan los amigos que vuelves con una fortuna, serán más afectuosos que antes contigo... Créeme, el dinero...

ARTURO.—Pero es que también sería triste que por el dinero...

(Desde adentro voz de Adriana).

ESCENA V

Dichos y Adriana, desde adentro, luego entrando a escena

ADRIANA.—*(Desde adentro).* Enrique, nos llevarás al baile, ¿verdad? Creíamos que ya no vendrías. *(Entrando poco antes de que Enhique llegue a la puerta donde se encuentran)* ¡Malo! Me has dado un susto... Creí que nos dejarías esperando con los crespos hechos. Pero has llegado y te perdono. *(Lo abraza risueñamente)* Pienso bailar mucho y divertirme locamente. ¡Viva el carnaval! *(Al dejar de abrazarlo ve a Arturo, que está de pie, sonriente, hacía venia turbada y mira a Enrique, interrogándolo).*

ENRIQUE.—*(A Adriana)* ¿No lo conoces?

ADRIANA.—*(Después de un momento de cómica atención)* ¡Arturo!

(Va hacia él con las dos manos extendidas) ¿Cómo le va Arturo? ¡Qué sorpresa! ¿Cuándo llegó? ¿De dónde viene? ¿Qué ha hecho durante todo este tiempo que no lo he visto? ¿Sigue soltero? ¿Va al baile con nosotros? ¿Desde cuándo está en Buenos Aires? ¿Qué es de su vida?

ENRIQUE.—Pero, Adriana, ¿crees que Arturo tiene mil bocas para contestar cien preguntas juntas? Te diré en dos palabras algo de lo que quieres saber: regresa a Buenos Aires rico y con ganas de divertirse. Va al baile con nosotros.

ADRIANA.—Perdóneme Arturo, pero es la alegría de volverlo a ver. ¡Qué grata sorpresa!

ARTURO.—Y yo encantado de que mi llegada produzca alegría a alguien.

ADRIANA.—Claro que sí y mi mamá también se va a alegrar mucho, lo mismo Julia y... *(Después de un momento de vacilación, con un dejo de tristeza):* Marta. ¿Se acuerda lo enamorado que estaba Ud. de ella cuando era estudiante? *(Precipitadamente)* ¡Y qué romántico amor el suyo! No se lo dijo nunca y sólo se lo escribió después desde el norte. Lástima que no se ca-

sara con Ud. Ahora no estaría separada de su marido y sería rica!

ENRIQUE.—*(Severo).* ¡Adriana!

ADRIANA.—Se me escapó. Disculpe Arturo. Soy una loca y siempre estoy haciendo papelones.

ARTURO.—*(Tratando de parecer sereno)* No tengo nada que disculparle. Ha sido bien intencionada al recordar mis romanticismos de juventud; pero es más interesante que hablemos del presente. ¿Tiene novio?

ADRIANA.—¡Qué esperanza! Gozo de plena independencia, y encantada.

ENRIQUE.—No lo creas Arturo. Lo dice por si eres tú un posible candidato.

ADRIANA.—¡Sonso! No le haga caso Arturo.

ENRIQUE.—Que no me haga caso. Voy a probarte lo que le digo. Apuesto a que está ahí Pedrito, tu eterno festejante.

ADRIANA.—Me festeja él, pero yo no le hago caso.

ENRIQUE.—Pero dejas que te festeje. *(A Arturo)* Te advierto que es un infeliz, pero como hoy día los novios están tan escasos...

ADRIANA.—No quiero seguir hablando con Enrique que está imposible. *(A Arturo)* Voy a avisar que ha llegado Ud. Con permiso... *(Se va).*

ESCENA VI

ENRIQUE Y ARTURO

ENRIQUE.—Resulta gracioso que yo que soy enemigo del matrimonio, tengo que andar haciendo el suegro con mi hermanita a cuestas.

ARTURO.—¿Pero, por qué te declaras enemigo del matrimonio?

ENRIQUE.—Porque ante todo amo la libertad. Nada más caprichoso que mi carácter. En todos mis actos soy una contradicción andante y por eso quiero conservar siempre mi independen-

cia. No puedo estar sujeto a ninguna norma fija. ¿Crees que una mujer me comprendería?

ARTURO.—Ni una mujer, ni nadie. Creo que ni tú mismo sientes lo que dices. Será una de tus poses para realzar tu vida de escritor.

ENRIQUE.—Es que tú, hombre grave y serio, no puedes comprender. Tú has nacido para los negocios, para la vida tranquila y burguesa.

ARTURO.—Sin embargo, a pesar de ese carácter burgués que despectivamente quieres achacarme, mejor que muchos otros comprendí tu lirismo de los veinte años.

ENRIQUE.—Yo creo que muchos burgueses ponen más ensueño y poesía en sus vidas, en sus negocios y en sus hogares, que muchos de los que vivimos de la literatura.

ARTURO.—Sin embargo, cuando me escribiste llamándome de aquella lejana ciudad del Norte, vecina a mi obraje, cuando ibas de Director artístico de esa Compañía Nacional, para tí, el teatro y la literatura constituían un verdadero ideal.

ENRIQUE.—Escribir con nobleza y altura, sólo me dió desilusiones. En cambio mi pluma y mis dotes de orador al servicio de la política, una situación espectable, que si no fuera por el amor a la libertad que tengo, me permitiría conquistar un alto puesto. El día que quiera puedo ser gobernador de algún territorio nacional, jefe de alguna importante oficina pública: perseguidor de langostas, por ejemplo, o repartidor de quinina en la Defensa Antipalúdica... Y ahora en serio: hasta el Congreso tengo a mi alcance.

ARTURO.—Te felicito por tu rápida y brillante carrera.

ESCENA VII

Dichos y doña Ana, Jorge, Julia, Pedrito y Adriana

ARTURO.—*(Adelantándose a saludar a doña Ana)* Cómo está, señora. Tengo el gusto de volver a verla.

DOÑA ANA.—Ya sabía por Adriana que estaba Ud. aquí y

tuve una verdadera alegría, Arturo, créamelo. Perdone que le diga Arturo a secas; pero es que siempre me imagino ver en Ud. al inseparable amigo de mi hijo, cuando estudiaban juntos.

ARTURO.—Hace muy bien, señora, y yo le agradezco ese tratamiento a secas, porque me resulta mucho más amable que cualquier otro. *(A Julia)* ¿Cómo le va, Julia? es decir, ¿cómo está, señora? Disculpe.

JULIA.—No hay por qué, mi marido no es celoso y no se enoja por eso. Conoce nuestra vieja amistad. Se lo presento. *(Se dan la mano con Jorge).*

ARTURO.—Tanto gusto.

ADRIANA.—Yo voy a presentarle un amigo: Pedrito Mejía, el señor Arturo Cesares. *(Se saludan).*

PEDRITO.—*(Habla afectadamente)* ¿Ud. es de la campaña, no, señor?

ARTURO.—No, señor; de Buenos Aires.

PEDRITO.—Creía, porque me dijeron que venía del norte. *(A Adriana, que lo tira del saco semi-aparte)* No me tire del smoking, que voy a perder la línea.

ARTURO.—Efectivamente, vengo del Norte, pero soy de Buenos Aires.

PEDRITO.—Viene del Norte, pero es de Buenos Aires. ¿Qué curioso, no?

ADRIANA.—Sí, era de noche; pero sin embargo llovía. *(Aparte, remedándole el modo de hablar)* ¡Sonsito!

ENRIQUE.—Podemos charlar un rato tranquilamente. Todavía es temprano para ir al baile. *(Se sienta Pedrito al lado de Adriana, Jorge al lado de Julia, y de un lado de doña Ana Enrique, al otro, Arturo).*

DOÑA ANA.—*(A Arturo)* Su regreso a Buenos Aires es definitivo?

ARTURO.—No lo sé todavía, señora. Depende del ambiente que encuentre aquí para mi vida privada y para mis actividades comerciales. Si después de las lógicas impresiones diversas del regreso me encuentro bien, es probable que me quede, si no, buscaré otro ambiente o volveré al Norte.

DOÑA ANA.—¿Pero sus años fuera de Buenos Aires le han sido provechosos, verdad?

ARTURO.—Sí, señora, no me ha ido mal.

ENRIQUE.—Arturo es modesto en sus respuestas. La verdad es que está de vuelta en la capital, resuelto a conquistarla alegremente con la fortuna hecha allá en los obrajes del norte y yo no sé si felicitarlo o darle el pésame, aunque me alegro mucho de su llegada.

ARTURO.—¿Y por qué dices que no sabes si felicitarme o darme el pésame?

ENRIQUE.—Porque no sé qué rápido camino pueden tomar tus muchos pesos.

JULIA.—Un buen camino, seguramente. Arturo no es un cabeza loca como tú.

ENRIQUE.—Por eso es que tengo más temor que él.

JULIA.—No sigas. Seguramente no vas a decir nada razonable.

ARTURO.—Que hable y que diga lo que quiera. Me alegra ver a Enrique con su mismo buen genio de siempre.

DOÑA ANA.—Enrique seguirá siendo un niño eternamente.

ENRIQUE.—*(Acariciándola)* Un niño bueno, ¿verdad, viejita?

ADRIANA.—¡Un niño bueno! No me hagas reír, cara dura, trasnochador, calavera.

PEDRITO.—¿Es un calavera su hermano? ¡Qué lastima que haga una vida tan aparte de mi círculo social.

ADRIANA.—*(Irónica)* Lo dice usted por envidia, o porque lamenta no poder corregirlo?

PEDRITO.—*(Terminante)* Por corregirlo, no. ¡Qué esperanza!

ADRIANA.—*(Enojada)* ¡Pedrito!

PEDRITO.—*(Turbado)* Ni por envidia tampoco. No se vaya a creer que yo lo envidio. ¿Por qué lo voy a envidiar? ¿Por qué?

ESCENA VIII

Los mismos y Marta

(En este momento entra Marta, Arturo se levanta a saludarla, y muy emocionado le dice al darle la mano):

Arturo.—¡Marta! *(Recobrando un poco la serenidad, aunque no completamente)* ¿Cómo está Ud.?

Marta.—*(Impresionada también)* ¿Cómo está, Arturo? ¡Tanto tiempo sin verlo!

Jorge.—*(En diálogo breve aparte con Julia)* Parece que el encuentro los ha emocionado a los dos.

Julia.—No se veían hace tanto tiempo.

Marta.—Pero no ha cambiado mucho Arturo. A mí sí que me encontrará muy distinta. *(Ambos se sientan).*

Arturo *(Sincero, todavía un poco emocionado)* Efectivamente *(Turbado)* Es decir, efectivamente creía encontrarla distinta después del matrimonio; pero está igual...

Enrique.—*(Interrumpiendo jovialmente)* Vuelvo a la conversación interrumpida. Decía que tenía precisamente más temor por la fortuna de Arturo, considerando su seriedad, pues sería el colmo que, candidato al matrimonio como parece, fuera su fortuna a tomar el camino de las modistas, casándose con una linda y frívola mujer de hoy día, amiga de los trajes audaces y de los bailes modernos.

Julia.—Tú siempres combates el matrimonio y que a las señoras jóvenes nos guste llevar una vida menos aburrida que la de nuestras abuelas.

Enrique.—Creo un mal negocio el matrimonio hoy día. No encuentra el hombre en la mayoría de los casos, ni una mujer de hogar, ni una buena madre para sus hijos. Encuentra una compañera de diversión y nada más y compañeras de diversión se encuentran también en otros sitios con menos responsabilidad y a menos precio, porque es más fácil dar gusto y obsequiar a cinco

mujeres distintas, que a una propia que se siente dueña de uno por el matrimonio.

JORGE.—Pero no me negará Ud. que hay muchas mujeres que son buenas, a pesar de ir a bailes y divertirse.

ENRIQUE.—Alguien dividió a las mujeres en dos grupos: las que caen y las que no caen. La que nació para no caer nunca, será siempre una santa mujer, haga la vida que haga; pero en cambio, muchas que nacieron para caer, evitarían la caída en un ambiente menos febril que el de hoy.

DOÑA ANA.—Yo no pienso como este loco de mi hijo, pero la verdad es que no estoy de acuerdo con lo que se ha dado en llamar vida moderna. Nunca ninguno de mis antepasados habría ido a ningún baile de estos de ahora en los que se paga la entrada y en los cuales yo nunca me siento bien, porque no sé si tengo al lado un arrivista o un sinvergüenza. Los bailes de antes eran distintos.

JULIA.—Es que Enrique mide a los demás por él mismo. De todos piensa mal, porque nunca obra bien tampoco.

ENRIQUE.—Estás en lo cierto, porque nada hay más terriblemente aburrido que ser bueno. Prefiero mil veces una vida mala. ¡Es tan agradable! Por eso le advierto a Arturo que las chicas de aquí, no piensan en otra cosa que atrapar a un marido.

ADRIANA.—No lo crea Arturo. También sabemos ser buenas amigas, y yo me propongo serlo suya, a fin de que pueda gustar el encanto de Buenos Aires.

ENRIQUE.—El encanto de Buenos Aires se lo voy a hacer gustar yo. Tú, hermanita, no podrías, porque no lo conoces. Afortunadamente ...

PEDRITO.—*(Diálogo aparte a Adriana)* ¿Quiere que me ofrezca a acompañarlo también?

ADRIANA.—Ud. no acompaña a nadie a ninguna parte.

PEDRITO.—Yo lo decía por ser amable, nada más.

ADRIANA.—¿Qué curioso, no?

PEDRITO.—¿Qué curioso, no?

DOÑA ANA.—La conversación está muy interesante; pero como vamos a ir al baile y Arturo nos acompañará también, pode-

mos seguirla en el camino. Los dejaremos un momento para arreglarnos un poco.

(Todas las mujeres salen, con excepción de Marta. En seguida sale Jorge, diciendo al salir):

JORGE.—Yo también los dejo.

ESCENA IX

Enrique, Arturo, Pedrito y Marta

PEDRITO.—¿Cuánto tiempo estuvo usted en el Norte?

ARTURO.—Seis años.

MARTA.—¿Vivía Ud. en el campo o en la ciudad?

ARTURO.—En pleno campo, en pleno monte. A la ciudad fuí la sola vez que Enrique me pidió que fuera a ver la compañía que dirigía. Cuando necesitaba algo, me contentaba con ir a un pueblo vecino a mi obraje.

ENRIQUE.—¡Qué discreto eres! Te llamé para que me prestaras $ 2,000, porque si no, Director y artistas nos habríamos quedado fondeados, sin tener cómo dar un paso, aunque hubiésemos burlado a los hoteleros, lo que es más difícil que vivir en el Polo Norte.

MARTA.—Qué vida has hecho, Enrique. ¡No te da vergüenza recordarla!

ENRIQUE.—Si hubiera fracasado tuviera vergüenza, como triunfé la tienen los que en ese tiempo fingieron no recordarme, ni conocerme. Lo que no olvido es el gran favor que me hiciste entonces, Arturo. Sabías que prestárme esos 2,000 pesos era regalármelos y tú recién empezabas a luchar, no tenías fortuna todavía, y sin embargo, te desprendiste de ellos sin vacilación alguna. Créeme que lo recuerdo siempre con gratitud y hasta con rencor.

MARTA.—¿Cómo con rencor?

ENRIQUE.—Sí, con rencor, porque eso me obliga a creer que todavía queda un descendiente del Quijote, en este pícaro mundo

y yo prefiero encontrar ruindad en todos, para así, a mi vez, ser ruin como todos también.

MARTA.—No hables así, delante de mí, Enrique. No me gusta oirte.

ARTURO.—A mí tampoco me agrada que pretendas presentarme como Quijote; no hubo tal generosidad, y lo prueba el hecho que contra lo que dices, me devolviste esa pequeña cantidad.

ENRIQUE.—Pero después de cuánto tiempo, y, te confieso que estuve tentado a no devolvértela, pero habría sido demasiado abusar.

MARTA.—*(A Arturo)* ¿Y no se aburría en aquellas soledades? ¿A veces se sentiría triste?

ARTURO.—Si sentía tristeza. No lo sé, Marta; allá se trabaja mucho. El cuerpo cansado poco tiempo deja a los sentimientos y a la imaginación. Se vive casi materialmente nada más, y uno no sabe, mientras dura la lucha, si es feliz o desgraciado.

PEDRITO.—Pero esa vida salvaje debe ser imposible, sin refinamiento, sin elegancia, ni personas chic, con quienes conversar, entre poblanos solamente.

ARTURO.—Así pensará Ud. que no la conoce. Así pensarán muchos de sus compañeros de salón; pero créame, amigo, que allá, en ese Chaco salteño, hay un grupo de muchachos provincianos y de Buenos Aires, que están realizando una grande y noble obra.

PEDRITO.—¿Cómo? ¿Matando víboras?

ARTURO.—*(Con énfasis)* Trataré de que Ud. me entienda. Ese grupo de muchachos, que todavía son pocos, pero que pronto serán más, apartándose de la vieja costumbre de vivir esperando herencias y del presupuesto con empleos ridículos, han resuelto hacer fortuna propia con el esfuerzo de su trabajo, al mismo tiempo que disputan con altura, al extranjero, el privilegio que creía tener de explotar la riqueza de nuestros bosques vírgenes.

PEDRITO.—¿En qué forma?

ARTURO.—Convirtiendo los viejos troncos en madera, que luego se reparte por el país, contribuyendo a su progreso en las gran-

des construcciones modernas y sirviendo de base, como durmientes, en las nuevas líneas ferroviarias, que poco a poco, van llevando la civilización, a los últimos rincones de la República.

ENRIQUE.—Muy bien, muy bien. Has hecho casi un discurso y no demasiado malo.

PEDRITO.—Todo esto es muy bonito; pero muy incómodo.

ENRIQUE.—Voy un momento a mi cuarto a arreglarme.

PEDRITO.—Yo te acompaño. *(Al salir, a Enrique)* ¿Tienes gomina?

ESCENA X

Arturo y Marta

MARTA.—¿No se resentirá Ud., Arturo, si lo dejo solo un momento?

ARTURO.—¿Pero Ud. no va al baile, Marta?

MARTA.—*(Extrañada y con tristeza)* ¿Al baile yo? Hace mucho tiempo que no voy a bailes ni a paseos. Casi no salgo de casa.

ARTURO.—¿Y por qué?

MARTA.—*(Con tristeza)* ¿Por qué? Casi es inútil la respuesta. Ya debe saber por Enrique que no fuí afortunada en el matrimonio, y que mi desgracia en él ha deshecho mi vida para siempre... Así es que Ud. perdone Arturo. *(Hace ademán de irse)* Comprenderá que no me gusta hablar de estas cosas.

ARTURO.—*(Con emoción)* Marta, yo fuí su admirador desde niño, la ví siempre muy alto, tan en alto que me parecía el imposible con que se sueña mucho, pero sin esperar que nunca nuestro sueño sea realidad. Ahora la miro a Ud. con la misma ferviente admiración de mis años de niño. Es la Marta de los quince años, y sigue estando tan alta y tan lejana como entonces. De una admiración así no puede temer Ud. nada. Óigame unos instantes, se lo suplico.

MARTA.—*(Altiva, sentándose)* Ni de una admiración como la suya, ni de ninguna otra puedo yo temer nada. ¿Acaso también ha creído?...

ARTURO.—*(Inquieto)* ¿Qué piensa de mí? ¿Qué propósitos me atribuye? No me explico por qué me ofende, juzgándome tan mal. Quien sabe si olvidado de las charlas de salón, he sido demasiado rudo para expresar mis pensamientos, pero con la misma rudeza le digo, pidiéndole perdón, que no he tenido intención de ofenderla.

MARTA.—Soy yo la que tengo que disculparme, pero desde que me separé de mi marido, no veo a mi alrededor sino reservas que me hieren, y asechanzas disimuladas de los que creía amigos sinceros. Siempre he deseado, se lo juro, pasar desapercibida, he querido ocultar mi juventud con trajes modestos, morir en vida casi.

ARTURO.—¿Y entonces?

MARTA.—Pero la crueldad de los demás no se resigna que sea buena, a no tener nada que reprocharme. Es muy triste mi vida y es mejor que le evite el dolor de oirla. Vuelve de un destierro hacia la vida, merece gozarla y ser feliz. Nos separamos hace tiempo y marchamos por caminos muy distintos. Nada podrá alegrar el mío y yo no quisiera poner espinas en el suyo, con mis recuerdos amargos. Por esto prefiero callar.

ARTURO.—Comprendo Marta, que es una crueldad hacerla recordar sus penas, pero Ud. sabe que si fuí a buscar una fortuna no lo hice por mí, sino por tener algo que ofrecerle más tarde, junto con mi nombre. Recién llegado al obraje le escribí que me esperara y no me contestó. Si me hubiera esperado su vida sería muy distinta y yo no sentiría el desencanto de haber emprendido, lleno de fe, una lucha inútil, que en la hora del triunfo resulta el más cruel de los fracasos.

MARTA.—Tiene derecho a una explicación y es justo que sepa por qué desdeñé su noble ofrecimiento, si no, aparecería ante Ud. como culpable de mi vida deshecha.

ARTURO.—No invoco un derecho, suplico porque sufro mucho. Vive Ud. desde hace tanto tiempo en mi corazón, que ha echado raíces en él.

MARTA.—Comprendo ese culto que ha acrecentado en su so-

ledad, pero después de un tiempo de ésta vida alegre; olvidará y yo me sentiré feliz con que olvide.

ARTURO.—A los árboles de mi monte hay que derribarlos con el hacha, para que saliera de aquí dentro *(Señalando el corazón)* tendrían que destrozarme también.

MARTA.—¡Por favor! No me hable así. Acuérdese que cerca de mí es muy cruel hablar de amor.

ARTURO.—¿Por qué sacrificó su corazón?

MARTA.—Sabrá Ud. la tragedia de mi vida. Necesito desahogarme. Nadie sabe que hay muchas lágrimas contenidas en mi silencio. Si Ud., Arturo, hubiese hablado antes de irse, quizás no sufriría ahora.

ARTURO.—Callé por cobardía. Yo era un pobre muchacho sin fortuna, sin un apellido tan ilustre como el suyo. Nada podía ofrecerle, ni siquiera sus propias comodidades. Por eso resolví ir a conquistar una fortuna antes que todo. No quería que nadie creyese que buscaba un matrimonio de conveniencia. El verdadero amor es altivo y orgulloso.

MARTA.—¡La fortuna! ¡Cuándo dejará el dinero de interponerse en los sentimientos! Le tengo odio, el dinero es lo que ha hecho de mi vida una tragedia. Por el dinero no se atrevió a decirme su amor, y por el dinero me casé yo sin él.

ARTURO.—Marta ¿Qué dice?

MARTA.—He sufrido tanto, que ya no puedo más con hipocresías. Ud. conocía nuestra situación antes que mi padre muriera. Murió al poco tiempo de irse Ud. al Norte y junto con llevarse su cadáver entró a esta casa la desgracia, un viento de ruina que amenazó llevarlo todo.

ARTURO.—¡Cómo! ¿Y la fortuna de su padre?

MARTA.—La tuvo en un tiempo; pero después de su muerte supimos que todo estaba comprometido en especulaciones desastrosas, aun más, tenía deudas, íbamos a quedar en la ruina y desheredados.

ARTURO.—¿Y qué hicieron?

MARTA.—Como un salvador, hipócritamente desinteresado, se presentó don Juan Castro Oliveira, ese amigo de mi padre que

Ud. conocía. Se ofreció a cancelar las deudas y a dejarnos nuestra casa.

ARTURO.—¿El precio de toda esa generosidad?

MARTA.—Le habló a mi madre. Quería casarse conmigo.

ARTURO.—¡Con Ud., que puede ser su hija! No debieron exigirle un sacrificio, contrariando la naturaleza.

MARTA.—Nada me exigieron.

ARTURO.—Pero, es absurdo que se sacrificara voluntariamente.

MARTA.—*(Con pena)* Me habló mi madre de lo triste que sería para ella, tan orgullosa de la tradición sin mancha de los Rodríguez Carrera, verse en la ruina y deshonrada. Del pobre porvenir que a mis hermanas, las dos solteras entonces, la miseria les significaba, que mi matrimonio podría salvarlo todo.

ARTURO.—Pero era monstruoso y absurdo.

MARTA.—Mejor que nadie lo sé yo, desgraciadamente ahora. En esos momentos, aturdida todavía por la muerte de mi padre, sin pensarlo siquiera, acepté ser la salvadora de mi familia.

ARTURO.—Debió sobreponerse. Defender su vida, que era la que se jugaba.

MARTA.—No se puede luchar contra una madre agobiada por la desgracia, no podía negarme a un sacrificio que iba a evitar su dolor y el de mis hermanas.

ARTURO.—A costa del suyo para siempre.

MARTA.—Bien valía mi sacrificio por la felicidad de todos.

ARTURO.—¿Y después?

MARTA.—Parece que hay algo fatal que destruye los matrimonios sin amor. Su pasión, al principio tranquila, se transformó en celosa, vinieron las sospechas absurdas. Soporté todo lo que pude; pero un día quiso pegarme y me rebelé, separándome de él para siempre.

ARTURO.—¿Y en su casa, le recompensan ahora?

MARTA.—En su orgullo de familia, estiman que he hecho mal dando motivos a que se murmure. Por esto me causan nuevas penas.

ARTURO.—Pero Ud. tiene derecho a reconstruir su vida.

MARTA.—Los prejuicios de familia no me permitirían dar ni un solo paso por la liberación.

ARTURO.—Sin aceptar mi amor, puede considerarme, en cambio, un amigo sincero. Los pensamientos de dolor cuando son tan tenaces y crueles como los suyos, guardándolos, sin confiarlos a nadie, llegan a dolernos materialmente. En mí, confíe siempre.

MARTA.—¡Gracias!

ARTURO.—Y ahora serénese Ud. Si notan que ha llorado me echarán a mí la culpa.

MARTA.—No, pero me harían llorar más.

ESCENA XI

Los mismos y Jorge

(Entra Jorge y mira a los dos que están sentados en el sofá con significativa molestia. Luego dice a Marta):

JORJE.—Julia quiere hablarle. *(Marta sale).*

ESCENA XII

Jorge y Arturo

JORGE.—¿Tendría mucho que conversar con Marta?

ARTURO.—*(Tratando de aparecer indiferente)* Recordar nuestra infancia y nuestra juventud.

ESCENA XIII

LOS MISMOS, PEDRITO Y ENRIQUE

ENRIQUE.—Ya estamos listos.

PEDRITO.—¡No voy a perder ni un paso de camello!

ENRIQUE.—Lo bailas admirablemente.

PEDRITO.—¿De veras?

ENRIQUE.—Eres un verdadero camello.
PEDRITO.—¿Qué curioso, no?

ESCENA XIV

Los mismos y doña Ana, Adriana, Julia y Marta, entrando

ENRIQUE.—Vamos, mamá, a disimular con sonrisas entre las candidatas a suegras, los deseos de arañarse, cuando ven que la hija ajena atrapa un novio antes que la propia. ¡Qué agradable vida social!

JULIA.—¡Vamos!

JORGE.—Yo iré más tarde, me quedaré arreglando unos expedientes que me apuran. *(Todos se despiden).*

ARTURO.—*(Dándole la mano a Marta y en tono significativo)* Hasta otro día, Marta.

MARTA.—*(En el mismo tono)* Hasta otro día.

ESCENA XV Y FINAL

Jorge y Marta

(Marta se dispone a salir)

JORGE.—Un momento, Marta...

MARTA.—*(Friamente).* ¿Qué se le ofrece?

JORGE.—¿Mucho le ha impresionado la conversación con el forastero?

MARTA.—¿Para eso me ha pedido que me quede? *(Hace ademán de salir).*

JORGE.—Alguna vez tenemos que definir nuestra situación.

MARTA.—Yo no tengo ninguna situación que definir con Ud. Para mí es el marido de mi hermana y nada más.

JORGE.—¿Por qué no quiere entender lo que yo pretendo ser para Ud.?

MARTA.—Creo mejor no oír sus torpezas. Hemos terminado.

JORGE.—Si yo he admitido que viva en esta casa es porque la quiero, porque estoy enamorado de Ud.

MARTA.—No permito que me insulte.

JORGE.—Las mujeres que engañan a su marido son más complacientes... *(Intenta tomarle una mano)*.

MARTA.—*(Retirándose y muy enérgica)* No toleraré que se acerque. Si vuelve con sus insinuaciones canallescas se lo diré a mi hermana. No he engañado a mi marido nunca.

JORGE.—No soy tan ingenuo para creerlo.

MARTA.—*(Muy enérgica)* Y a mí, no me importa que Ud. me crea o no. La única venganza que tomaré por su actitud infame, es que siempre, entiéndalo bien, siempre, verá en mí mujer digna y honrada. *(Haciendo ademán de abandonar el hall, con mucha energía)*. Ahora sí que hemos terminado, y para siempre.

TELÓN

ACTO SEGUNDO

Alegre sala de costura. — Doña Ana teje, Marta, Julia y Adriana hacen ramos de flores naturales, alrededor de una mesa.

ESCENA I

Doña Ana, Marta, Julia y Adriana

DOÑA ANA.—Se van las buenas y piadosas costumbres de antaño. Otras veces, durante la novena, la iglesia era muy visitada diariamente.

ADRIANA.—Sería lo mismo mamá. Eso sí que mucho más aburrido.

DOÑA ANA.—No digas eso, niña. Me da pena ver que también

mis hijas se van contagiando con esta vida ligera, llena de peligros, con la que yo no transijo. ¡Acuérdate que un tío tuyo fué un santo Obispo de Córdoba!

JULIA.—Más valía que hubiese sido menos santo y que no hubiera muerto en la miseria, sin dejarnos ni un centavo de herencia. era el único pariente sin hijos que podríamos haber heredado.

ADRIANA.—Cómo que era sacerdote...

MARTA.—Siempre el dinero.

DOÑA ANA.—Cambian los tiempos. Antes también se apreciaban las fortunas, pero no tanto como ahora. Veo con pena que cualquier hombre enriquecido se casa con mujeres de las mejores familias, aunque ni siquiera sepa sentarse a la mesa y su padre haya barrido las calles de Buenos Aires.

JULIA.—Menos mal que Adriana no tendrá que admitir a un advenedizo para hacer un buen matrimonio. Pedrito es rico y de buena familia.

MARTA.—Pero no es inteligente, y tú, Adriana, no puedes quererlo. No te cases sin amor, Adriana. Ya has visto en mí, las tristes consecuencias de un matrimonio sin cariño. Que mi dolorosa experiencia te sirva. Que sea yo la única desgraciada en la familia.

DOÑA ANA.—El amor viene con el tiempo.

MARTA.—Lo mismo me dijiste a mí mamá. Y ya ves, no se cría el amor, al contrario, la falta de amor engendra el odio, la desgracia.

DOÑA ANA.—Es que tú te apartaste de la religión, no supiste buscar consuelo en la iglesia, con un buen confesor. Si hubieras tenido temor de Dios, no te habrías separado de tu marido.

MARTA.—¡Dios! Si Jesucristo, que tanto amor predicó, volviese al mundo, hablaría también en contra de las uniones sin afecto, porque son más impuras que cualquier otro pecado, y él sólo quería a los limpios de corazón. Quizás si yo hubiese consultado un buen sacerdote antes de casarme, me habría aconsejado que no lo hiciese.

ADRIANA.—Y habría sido mejor. Tu separación no sólo te ha

perjudicado a ti, también me ha dañado y mucho. Dices que no debo casarme con Pedrito, sin embargo es el único capaz de casarse conmigo. ¡Por culpa tuya!

MARTA.—¿Por culpa mía? ¿Por qué dices eso, Adriana? ¿Por qué?

ADRIANA.—Por nada. Yo sabré.

MARTA.—Es que yo quiero saberlo, exijo que me lo digas.

DOÑA ANA.—No hablen de estas cosas. Acuérdense de que están preparando esos ramos para la Virgen.

MARTA.—Es necesario que Adriana hable alguna vez. Hace tiempo que creo ver que me odia a veces, y quiero saber el motivo.

ADRIANA.—Porque ningún muchacho de buena posición está dispuesto a casarse con la hermana de una mujer deshonrada y bien claro me lo dió a entender Ernesto Ocampo, el festejante que tenía cuando te separaste de tu marido.

MARTA.—Y tú le permitiste que dijera que yo estaba deshonrada. ¿Acaso no sabes que nunca he cometido falta alguna? ¡Qué injusticia!

ADRIANA.—Será injusticia, pero yo lo sufro con menos motivo que tú.

(Marta esconde la cabeza entre sus manos como llorando).

JULIA.—¿Ves? La has hecho llorar.

DOÑA ANA.—¡Qué mala eres, Adriana! ¿No sabes que ella se sacrificó por todos nosotros?

ADRIANA.—*(Va hacia donde Marta y la acaricia)* Perdóname, hermanita. No tienes tú la culpa de nada. He sido injusta contigo; porque los demás también han sido injustos conmigo. *(Alegremente)* Me casaré con Pedrito y no me acordaré más de nada. Voy a ser más feliz con un marido que podré manejar a mi antojo. ¿Me perdonas, hermanita?

MARTA.—Sí, locuela, sí.

ESCENA II

Los mismos, Juana y Pedrito

(Juana, en seguida Pedrito)

JUANA.—El señor Pedro Mejía pregunta si puede pasar.

JULIA.—Hablando del Rey de Roma, ya se sabe...

ADRIANA.—*(En voz alta)* Adelante, Pedrito, adelante. *(Entra Pedrito).*

PEDRITO.—Buenas tardes. *(Saluda a todos).*

ADRIANA.—Creí que se había olvidado que me había prometido acompañarme a la iglesia esta tarde.

PEDRITO.—¿Cómo olvidarme de una promesa hecha a Ud., Adrianita?

DOÑA ANA.—Es que como los jóvenes de hoy día son tan reacios para ir a la iglesia...

PEDRITO.—Yo no, doña Ana. Soy muy piadoso. En mi familia todos hemos sido católicos.

DOÑA ANA.—Son los buenos principios y la buena educación, que en la gente bien, se conservan siempre.

PEDRITO.—¿Se conservan siempre? Curioso, no?

JULIA.—*(Aparte)* Ya salió el primero.

ADRIANA.—Su hermano mayor, ¿también es piadoso?

PEDRITO.—Igual que yo. Figúrese, Adrianita, que me ha contado que cuando estuvo en París y se amanecía en los cabarets, después, antes de acostarse, por cumplir con Dios, se iba primero a la iglesia de frac y todo, a oir misa.

DOÑA ANA.—Pero esa era una falta de respeto.

PEDRITO.—¿Una falta de respeto?

ADRIANA.—No veo por qué. ¡Ir de etiqueta a visitar a Dios! Todo lo contrario.

JULIA.—No digas necedades, Adriana.

DOÑA ANA.—A ver, cuál de Uds. me tiene esta madeja de lana para ovillarla.

MARTA.—Yo estoy ocupada terminando este ramo.

JULIA.—Yo también.

DOÑA ANA.—¿Y tú, Adrianita?

ADRIANA.—Yo tampoco puedo. Hay que apurarse con los ramos. Se hace tarde. *(Se oscurece un poco la escena).*

DOÑA ANA.—Tendré que suspender el tejido, entonces.

ADRIANA.—¿Suspender el tejido? ¡Qué ocurrencia! ¡Pedrito puede sostener la madeja!

PEDRITO.—*(Con cómico susto)* ¿Yo?

ADRIANA.—Sí, Pedrito, Ud. ¿Por qué no?

DOÑA ANA.—¡Pero niña!

ADRIANA.—Sí, mamá, sí. Si ahora que pretende ser novio oficial mío no es complaciente, ¿qué puedo esperar de él?

PEDRITO.—Es que éste no es un trabajo masculino.

ADRIANA.—No importa. Adelante. *(Lo toma de un brazo y lo lleva hacia una sillita baja o puf que habrá delante de doña Ana)* A ver, siéntate aquí.

PEDRITO.—¡Pero voy a quedar muy mal!

ADRIANA.—*(Sentándolo violentamente)* Para mí, estará muy bien siempre.

PEDRITO.—*(Al caer sentado)* ¡Ay!

JULIA.—Son las delicias del noviazgo, Pedrito.

PEDRITO.—Las delicias del noviazgo. ¿Qué curioso, no? No estoy muy ridículo, Marta. ¿Por qué no me defiende Ud.?

MARTA.—Vaya acostumbrándose, Pedrito, el que quiere celeste que le cueste.

ADRIANA.—*(Ha tomado la madeja y va a colocársela. Pone un lado de la madeja en la mano izquierda levantándole el brazo, mientras tanto Pedrito, con la derecha, trata de arreglarse la raya de los pantalones)* ¿Pero, qué hace Ud., Pedrito? Arriba la otra mano. *(Le coloca el otro lado de la madeja).*

PEDRITO.—*(Trata de arreglarse la raya de los pantalones)* Pero Adrianita, se me van a hacer rodilleras en este asiento tan incómodo. ¡Qué va a decir la gente!

ADRIANA.—*(Levantando la hebra de lana a doña Ana que em-*

pieza el ovillo) No me negarás, mamá, que tengo un novio útil y servicial. *(A Pedrito)* Es Ud. un encanto.

PEDRITO.—*(Cómicamente afligido)* Muchas gracias, Adrianita, muchas gracias.

ADRIANA.—Pero no ponga esa cara de acusado en el banquillo. Los favores hay que hacerlos con cara alegre, muy alegre. A ver, ríase Pedrito.

PEDRITO.—*(Pone cara de risa forzada).*

ADRIANA.—*(Ríe, luego dice)* Peor, que peor.

DOÑA ANA.—¡Qué niña ésta!

JULIA.—¡Qué lindo cuadro! El futuro yerno a los pies de la suegra ayudándole a enrollar lana. No te puedes quejar, mamá.

ADRIANA.—Y si llego a casarme con él va a ser mucho más útil.

PEDRITO.—*(Volviéndose hacia Adriana)* ¡Más todavía!

ADRIANA.—Mucho más.

PEDRITO.—*(Resignadamente).* ¡Lo que me espera! *(Deja caer las dos manos, desalentado).*

DOÑA ANA.—Mi lana, que se enreda.

ADRIANA.—Más cuidado, caballerito.

DOÑA ANA.—Es mejor que no sigamos. Es hora de irnos a la iglesia. Queda libre del tormento, Pedrito.

PEDRITO.—Gracias a Dios, por algo soy católico activo y militante.

DOÑA ANA.—Voy a ponerme el sombrero.

JULIA.—Yo también.

MARTA.—Yo las acompaño; he terminado un lindo ramo para el Corazón de Jesús.

JULIA.—*(Extrañada)* Pero, piensas tú ir a la iglesia con nosotras?

MARTA.—*(Reflexiva)* Pensaba ir, ¿por qué no? *(Después con pena)* Me he arrepentido. Mejor no voy. *(Se sienta desalentada mirando el ramo).*

ADRIANA.—*(Saliendo junto con doña Ana y Julia)* Con permiso.

ESCENA III

Marta y Pedrito

PEDRITO.—¿Por qué no convence a Adriana que se case pronto conmigo?

MARTA.—Porque en las cosas del corazón, Pedrito, lo mejor es que cada cual haga lo que él le manda. En el amor no valen los consejos, lo único, lo que vale, es lo que siente mucho.

PEDRITO.—Pero es que yo adoro a Adrianita. No puedo vivir sin ella. A todas horas del día estoy pensando: ¿dónde estará Adrianita? ¿Qué hará Adrianita? ¡Qué linda es Adrianita! Adrianita...

MARTA.—*(Interrumpiéndola)* Es mucho, tanto Adrianita, para Ud. solo.

ESCENA IV

Marta, Pedrito, y Adrianita, que entra con sombrero

MARTA.—Aquí la tiene Ud., Pedrito. Los dejo solos. Así podrá decirle a ella lo que me estaba contando. De seguro que le interesará más que a mí. *(Sale)*.

ESCENA V

Pedrito y Adrianita, que se sientan juntos

PEDRITO.—¡Adrianita, por favor! Fije pronto fecha para nuestro compromiso. Cómo le van a envidiar el día que sepan que soy su novio. Lo que va a decir la gente...

ADRIANITA.—A mí no me importa lo que pueda decir la gente. No me casaré por la gente, sino por mí.

PEDRITO.—Pero Ud. me quiere, Adrianita. ¿Verdad que me quiere?

ADRIANITA.—A veces, cuando estoy lejos de Ud., pienso que lo quiero mucho. Pero después...

PEDRITO.—¿Después?

ADRIANA.—Cuando lo veo pienso que ya no lo quiero.

PEDRITO.—¿Cómo es eso? No entiendo.

ADRIANITA.—Ni yo tampoco.

PEDRITO.—¿Qué curioso, no?

ADRIANA.—Nada de curioso. A mí me parece lo más natural del mundo.

PEDRITO.—Sea buena. Póngase seria alguna vez, no atormente más mi joven corazón sentimental. *(Le toma una mano)* Déjeme que le dé un beso.

ADRIANA.—¿Un beso? No es Ud. el hombre tímido que yo creía.

PEDRITO.—*(Mientras intenta besarla y ella lo rechaza)* No, si soy muy audaz. ¿Qué se creía? ¿Me da el beso?

ADRIANA.—No siendo novios todavía, no puedo permitirle un beso. En esta casa somos de costumbres muy severas. Hay que respetar la tradición. Si yo me dejase besar por Ud., ¿qué dirían mis antepasados?

PEDRITO.—Los muertos no hablan. ¡Déme el beso!

ADRIANA.—Se me ocurre una idea. Puedo permitirle un beso que no va a herir la moral de las viejas costumbres.

PEDRITO.—*(Alegremente)* ¿Cómo?

ADRIANA.—Al estilo antiguo, medioeval, como un paje le rinde homenaje a la dama de sus sueños, de rodilla puede rosar con sus labios la punta de mis dedos. *(Enérgica)* Arrodíllese.

PEDRITO.—*(Arrodillándose)* Si no hay más remedio... me olvidaré de las rodilleras.

ADRIANA.—Qué paje más prosaico resulta Ud. Pero lo prometido es deuda, ahí tiene mi mano. *(La extiende, y Pedrito se la besa repetidas veces, hasta que ella la retira en forma violenta, lo que hace que él pierda el equilibrio).*

ESCENA VI

Los mismos; doña Ana y Julia que vuelven con sombreros, sorprendiéndolo en el suelo

JULIA.—¿Pero qué hace en el suelo? *(Adriana ríe).*

DOÑA ANA.—¡De qué te ríes!

PEDRITO.—Recogía unas flores que se habían caído. *(Se levanta con unas flores que deja sobre la mesa).*

DOÑA ANA.—Llamaremos a Juana para que nos lleve los ramos.

ADRIANA.—Un momento, mamá. *(A Pedrito, poniéndole una flor en el ojal)* Pedrito, así estará muy elegante.

PEDRITO.—Tanta amabilidad me confunde.

ADRIANA.—*(Toma los ramos y se los pasa a Pedrito que apenas puede con ellos).*

PEDRITO.—*(Turbado)* ¿Pero, qué hace?

ADRIANA.—Entregarle los ramos para que los lleve. Eso de ir con una criada será muy tradicional, pero no me gusta; prefiero que los lleve Ud. Vamos. *(Salen todos, Pedrito al último; al salir tira uno o dos ramos al suelo, disimuladamente).*

ESCENA VII

Marta sola, luego Juana y en seguida Arturo

(Entra Marta con aspecto de tristeza y pensativa recoge los ramos, que ha tirado Pedrito y deshoja algunas flores. Al momento entra Juana).

JUANA.—Ha venido don Arturo y desea verla.

MARTA.—*(Nerviosa)* ¡Que pase! *(Se va Juana y entra Arturo)* ¿Por qué has venido Arturo? Ayer te supliqué que no vinieras más. *(Marta se sienta y Arturo a su lado).*

ARTURO.—Perdóname, Marta. En tu ruego adiviné que me pedías todo lo contrario de lo que sientes.

MARTA.—Eres cobarde, porque te aprovechas de mi debilidad, incapaz de ocultar mis sentimientos.

ARTURO.—No es por cobardía que vengo hacia ti, Marta. No es tampoco por aprovecharme de tu debilidad de mujer. Es que esos mismos sentimientos que yo leo en tus ojos tristes, cuando estás conmigo y que dices no poder ocultar por debilidad, lo siento yo también con fuerza irresistible.

MARTA.—Pero así como yo, sufriendo mucho, trato de ahogarlos con mis lágrimas, tú con tu fuerza de volnntad de hombre, debías combatirlos. Yo no tengo energías para luchar más. He luchado tanto ya... Pero tú, que eres más fuerte, debes tener el valor necesario para salvarme, por lo mismo que me dices quererme.

ARTURO.—¡El valor necesario para salvarte! Pero si es tu salvación la que vengo a ofrecerte con mi gran amor. Hasta ahora tu vida ha sido sólo de sacrificio. Tienes derecho a ser feliz, y es tu felicidad la que yo busco.

MARTA.—Cuánto te agradezco tu amor; me siento tan sola, tan sin afectos, me sacrifiqué por mis hermanas y mi sacrificio, después de haberlas salvado, es para ellas una carga tan pesada como lo es para mí. Sufro demasiado, Arturo. Ahora mismo acaban de darme a entender que no a la iglesia debo ir con ellas. Si hasta de Dios me alejan, ¿cómo quieren que no sucumba?

ARTURO.—No sucumbirás, Marta. Entregarse al amor no es sucumbir, es triunfar.

MARTA.—¿Pero cómo voy a entregarme al amor? Sería imposible. Tú eres libre, solo y rico; tú sí que puedes entregarte al amor. Yo, una pobre mujer, vencida por la vida, no puede llorar más que en silencio, sola, siempre sola.

ARTURO.—Es que en este ambiente de egoísmo en que vives, has perdido tu carácter y tu tranquilidad para pensar. Todo podemos arreglarlo fácilmente, como ya te lo he dicho.

MARTA.—El divorcio en Montevideo. Sería mi liberación; luego me casaría contigo y nos querríamos mucho.

ARTURO.—Como nadie nunca se ha querido tanto, porque nues-

tro amor, alimentado con lágrimas, tendría más vida que todos los amores fáciles.

MARTA.—Yo viviendo siempre a tu lado. Como sueño, es un bello sueño. Tan hermoso que nunca podremos realizarlo.

ARTURO.—¿Por qué no?

MARTA.—No es tan fácil conseguir el divorcio.

ARTURO.—Estoy seguro de poderlo obtener.

MARTA.—Pero se exige un tiempo determinado de residencia.

ARTURO.—Si es necesario.

MARTA.—¿Y cómo hacerlo?

ARTURO.—Te vas conmigo. ¿No tienes confianza?

MARTA.—Eres dueño de toda mi confianza; pero tú no piensas en mi familia. Le tengo miedo al escándalo.

ARTURO.—A ti, la pena te está matando, tú misma te suicidas y haces mal, Marta. La primera obligación que contraemos al nacer es la de vivir y tú no vives, te matas poco a poco.

MARTA.—Bien lo sé. Con cada día que pasa me parece que algo de mi cuerpo y de mi espíritu se va también, pero nada puedo hacer para evitarlo. *(La escena, que se ha ido oscureciéndose desde antes, queda casi completamente oscura).*

ARTURO.—Mi Marta. *(Tomándole las manos)* ¡Mi pobre Marta! Yo te he de hacer feliz aunque tú no quieras. *(Marta retira sus manos y se levanta a dar luz a una lámpara con pantalla que alumbra apenas la escena).*

MARTA.—*(Volviéndose a su asiento)* Eres demasiado noble, demasiado bueno para querer así mi felicidad y mi vida.

ARTURO.—Al defender tu vida defiendo mi propia vida.

MARTA.—Si yo pudiera corresponder a tu amor y a tu energía. Pero no. Es mejor que esta sea nuestra última entrevista. Separémonos y no te vayas triste. Creo que en adelante iluminará mi vida el recuerdo de que hubo quien comprendió mi tristeza.

ARTURO.—Nunca nos separaremos. Tengo una idea con la que puedo poder triunfar. Le diremos la verdad a Enrique, y él, que no tiene prejuicios, te ayudará a obtener el divorcio, que ya debía estar establecido entre nosotros, porque es humano y justo.

MARTA.—Si él nos ayudara, tal vez me atrevería. Ya no sería sola a luchar contra todos.

ARTURO.—Nos ayudará y tendrás la parte de felicidad que la vida te debe; obtendrás la dicha y al obtenerla me harás el mayor de los bienes, evitando que mi corazón se rompa, en este infinito anhelo de amarte.

MARTA.—Empiezo a creer que yo también algún día puedo ser feliz.

ARTURO.—Mereces ser feliz, Marta. Prométeme, que pase lo que pase, lucharás hasta triunfar por casarte conmigo.

MARTA.—Te lo prometo.

ARTURO.—Sellaremos este compromiso solemne, con un beso.

ESCENA VIII

Los mismos, y Jorge que entra y los sorprende

(Marta da un grito ahogado y se queda aterrada. Arturo, al ver entrar a Jorge, se levanta)

JORGE.—Abusa Ud. de la hospitalidad de esta casa, en forma poco caballeresca.

ARTURO.—Daré cuenta de mi actitud a quien corresponda.

JORGE.—¿A quién? Yo soy de la familia. Puedo exigirle una explicación inmediata y también señalarle la puerta.

ARTURO.—No le reconozco ningún derecho; me entenderé con Enrique.

JORGE.—*(Irónicamente)* Lo que no impedirá que me entienda yo con Marta. Ya me lo suponía...

ARTURO.—*(Amenazador)* Mida sus palabras, porque si no, no respondo de mí. *(Se acerca a él).*

MARTA.—*(Levantándose y deteniéndolo de un brazo)* ¡Por favor, Arturo!

ESCENA IX

Los mismos; Enrique que entra

ENRIQUE.—¿Qué ha pasado?

JORGE.—*(Indicando)* Te diré que...

ARTURO.—*(Interrumpiéndolo)*. Te ruego, Enrique, que consigas de este caballero, que nos deje solos y te explicaré todo.

ENRIQUE.—Hazme el favor, Jorge, y después hablaré contigo. *(Sale Jorge)*.

ESCENA X

Marta, Arturo y Jorge

ENRIQUE.—¿Y ahora?

ARTURO.—Te pido toda tu serenidad para que me oigas.

ENRIQUE.—Estoy sereno.

ARTURO.—Hace tiempo que Marta y yo...

ENRIQUE.—¡Tú y Marta! ¿Cómo han podido llegar a esto?

ARTURO.—No hemos cometido otra falta que el no poder evitar un cariño más fuerte que nosotros mismos.

ENRIQUE.—¿Y qué pretenden? Yo no sé cómo Marta...

MARTA.—Perdóname, Enrique.

ARTURO.—Déjame hablar a mí. *(A Enrique)* Ya sabrás lo que pretendemos de ti. Antes es necesario que recuerdes que Marta fué sacrificada en un matrimonio sin amor.

ENRIQUE.—Lo sé también. Pero nada podrá justificar...

ARTURO.—Más grande que la tragedia de su matrimonio, ha sido la de su separación. Sufre ahora el desprecio o rencor, qué sé yo, como quieras tú llamarlo, de tu familia, que cree haber sido manchada con lo que llaman su escándalo, olvidando que ella les sacrificó su juventud.

ENRIQUE.—Contra lo irremediable, ¿qué se puede hacer?

ARTURO.—Más que de niño la quiero ahora, considerándola una mártir.

ENRIQUE.—Considerándola tanto, debiste respetarla.

ARTURO.—Es más viejo que el mundo, que el corazón no se manda. El hombre triunfa sobre el espíritu. Sin embargo, te lo juro, sólo idealismo hasta ahora hay en nuestro amor.

ENRIQUE.—Estoy aturdido. Lo comprendo todo y comprendo también que nada se puede hacer. Esto tiene que terminar.

MARTA.—Es que yo lo quiero, Enrique.

ARTURO.—Tú puedes salvarnos. Tú no tienes prejuicios, desprecias las tradiciones, tú puedes ayudar a Marta a que se divorcie en el Uruguay, para que se case después conmigo.

MARTA.—¿Qué contestas?

ENRIQUE.—Cuánto siento que el carácter escéptico que aparento tener los haya hecho a ustedes forjarse la ilusión de que podría ayudarlos.

ARTURO.—¿Entonces tú no eres lo que aparentas ser?

ENRIQUE.—Tal vez mi optimismo de incrédulo cínico con que aparezco, no sea sino la máscara con que oculto, ante los extraños, la vergüenza que sentí después del matrimonio de Marta, al comprender que habiendo un hombre en la familia, fué una mujer, la más débil, la que nos salvó a todos.

ARTURO.—Por lo mismo, con tus ideas modernas, convenciéndonos, debes ayudarnos.

ENRIQUE.—Es cierto que son audaces mis teorías sobre la vida; pero esa misma audacia la tengo porque para luchar con los prejuicios, me ampara una tradición sin tacha. De modo que nadie puede decir que con mis audacias, me defiendo a mí mismo o a alguien de mi familia.

ARTURO.—Pero a los tuyos debías serle útil las reformas que quieres para los extraños.

ENRIQUE.—Es que en todo hombre, hay dos personalidades opuestas. El adverso es el que exhibimos ante todo el mundo, y nuestra segunda personalidad, el reverso, nadie lo adivina, a veces, después de sembrar en asambleas tumultuosas, ideas renovadoras, regresaba con miedo a casa, temiendo que hasta aquí lle-

gase la vida moderna. Al ver que todo seguía como hace muchos años, la tranquilidad volvía a mi espíritu, porque en lo íntimo, amo el pasado con sus ideas rancias.

MARTA.—Así es que no quieres ayudarme.

ENRIQUE.—Aunque quisiera, no podría; todos tenemos una deuda contigo, pero así como no fué justo tu sacrificio, tampoco sería justo ahora, que tu liberación la compraras con la muerte de una madre, tal vez, y con la alegría de una chicuela loca. Seré yo el que pague esa deuda.

MARTA.—Tú, ¿y cómo?

ENRIQUE.—Totalmente nunca podré pagarla, pero en parte sí. Tú, Arturo, no volverás a ver a Marta; te deseo que seas feliz, que olvides este amor de tus años de niño y que otro amor de hombre fuerte te dé la felicidad.

ARTURO.—Sólo con Marta podré ser feliz.

ENRIQUE.—*(Emocionado)* Aceptaré el puesto de Gobernador que se me ofrece en un territorio nacional, y tú, hermanita, vendrás conmigo. La vida lejos de la ciudad hará menos grandes tus penas. El sol del campo te hará bien. Allá, junto a mí, desarrollarás una bella labor de caridad, protegerás a las pobres y a los niños. Haciendo el bien encontrarás un poco de consuelo.

MARTA.—Pero ahora serás tú el sacrificado al abandonar tu porvenir y tu vida brillante en Buenos Aires.

ENRIQUE.—No será sacrificio, hermanita buena, porque lo haré por ti. *(A Arturo)* ahora un abrazo, separémonos como siempre, como que si nos fuéramos a ver mañana. *(Se abrazan los dos, emocionado; en seguida Arturo, mientras Enrique mira hacia otro lado, estrechándole la mano a Marta, le dice con firmeza y emoción).*

ARTURO.—Hasta siempre, Marta.

MARTA.—Adiós, Arturo. *(Sale Arturo).*

ESCENA FINAL

Marta y Enrique

(Marta cae en un sillón sollozando)

MARTA.—¡No puedo más! ¡No puedo más!

ENRIQUE.—*(Emocionado)* Olvida, Marta, olvida.

MARTA.—*(Con mucha emoción)* ¡Olvidar! ¡Qué fácil es decirlo! Pero cuando se siente sangrando el dolor del ensueño roto, hiere la angustia de no haberlo podido hacer realidad. ¡Olvidar! ¡Qué fácil es decirlo!

(Llora hasta que cae el telón).

TELÓN

ACTO TERCERO

La misma decoración del primer acto. Es de noche como en el primero.

ESCENA I

Enrique y Juana

(Enrique, sentado frente a una mesa o escritorio, y Juana a su lado, con una bandeja llena de cartas y tarjetas. En el momento de levantarse el telón, Juana le pasa una carta que éste abre).

ENRIQUE.—¡Otra petición! Me recomiendan un pedícuro para la policía. *(Abre otra carta)* Aquí me recomiendan una maestra de escuela. *(Sigue abriendo cartas)* Escribientes, dactilógrafas...

¡Ah, Juana! ¡Esto es un infierno! Todo el mundo quiere vivir del presupuesto. *(Suena el timbre).*

JUANA.—Voy a ver quien es.

ENRIQUE.—Si preguntan por mí, sea quien sea, no estoy para nadie. *(Sale Juana).*

ENRIQUE.—Nunca me imaginé las desventajas de este presente griego. *(Vuelve Juana).*

JUANA.—Hay un señor que insiste en esperarlo; dice que se trata de un asunto muy importante y muy urgente.

ENRIQUE.—¿No le dijiste que no recibía a nadie?

JUANA.—Sí, señor, pero dice que aunque sea en la calle lo esperará.

ENRIQUE.—Entonces no habrá más remedio que recibirlo. Díle que pase. *(Sale Juana).*

ENRIQUE.—¿Qué nueva petición será ésta?

ESCENA II

Enrique y don Juan Olmos

(Un hombre como de cincuenta años aproximadamente, de chaquet verdoso y barba, tipo un poco ridículo)

ENRIQUE.—¿Qué se le ofrecía?

DON JUAN.—Traigo estas cartas para Ud., mi señor Gobernador.

ENRIQUE.—Siéntese. *(Mientras don Juan se sienta, Enrique lee la carta. Don Juan no abandona la galera que lleva en las manos durante toda la escena. Enrique, después de leer la carta).* Me lo recomienda un buen amigo mío; vamos a ver lo que desea.

DON JUAN.—*(Meloso y turbado)* Yo, señor, Ud. verá, soy radical del 90. He sido radical toda mi vida. Yo ayudé mucho a don Hipólito Irigóyen, porque tengo gran influencia electoral. *(En tono sentencioso)* Quizás sin mi ayuda Irigóyen no habría sido Presidente...

ENRIQUE.—*(Aparte)* Es un loco. *(A don Juan)* A mí, no me

interesa su vida política. Quiero saber únicamente qué se le ofrece.

DON JUAN.—¿Tal vez el señor Gobernador sea alvearista? Pero no se moleste por eso. También propicié la candidatura de Alvear en la convención. Si yo no hubiese decidido a un grupo de amigos míos en su favor, no habría sido candidato. Claro que no. ¡Qué esperanza!

ENRIQUE.—*(En broma)* Sus ideas sobre la política actual deben de ser muy interesantes.

DON JUAN.—*(Enfáticamente entusiasmado)* ¡La política actual! Voy a decirle a Ud. Yo admiro la gran política ferroviaria de Irigóyen. Alvear también es un gran Presidente. En fin, Alvear e Irigóyen son amigos míos, ¿sabe Ud.? Y a los amigos, uno siempre los juzga con benevolencia; por algo son amigos...

ENRIQUE.—*(Irónico)* Muy bien, muy bien. Sus ideas políticas son muy claras. Vamos a ver si su petición es igualmente clara. ¿Qué puesto quiere Ud.?

DON JUAN.—Le diré, señor, en mi larga carrera política he sido de todo; yo soy muy servicial.

ENRIQUE.—¿Pero en qué puesto cree desempeñarse mejor?

DON JUAN.—*(Extrañado)* ¿Que en qué puesto puedo desempeñarme mejor?

ENRIQUE.—Naturalmente, yo lo ocuparé, siempre que sus servicios puedan serme de alguna utilidad.

DON JUAN.—Le diré, señor, francamente, que no sé bien para qué puesto sirvo, por eso ha dependido siempre del criterio político con que me han juzgado mis jefes.

ENRIQUE.—¿Cómo así?

DON JUAN.—He sido de todo en mi vida, desde ordenanza hasta Comisario de Policía.

ENRIQUE.—¿Y por qué esa diferencia tan grande en sus puestos?

DON JUAN.—Porque mientras me necesitaban encontraban que un puesto de Comisario lo desempeñaba admirablemente, después, cuando ya no les era útil, les parecía que ordenanza era mucho.

ENRIQUE.—¿Y en el último tiempo?

DON JUAN.—En el último tiempo me ha ido mal. Después que mi hija mayor había sido novia de un diputado nacional, abandonó el hogar para hacerse bailarina del casino, no he podido conseguir ningún puesto. Ni de portero...

ENRIQUE.—*(Aparte)* Ahora me explico...

DON JUAN.—Sí, señor, junto con abandonarme mi hija, me abandonaron también todos mis protectores. Mi hija era muy bonita, señor.

ENRIQUE.—Comprendo, sí, señor, comprendo. Pero terminemos de una vez. ¿Qué pretende Ud.?

DON JUAN.—Como estoy en la mala, quisiera un puesto de Comisario para mí y uno de maestra de escuela para mi mujer.

ENRIQUE.—*(Irónico)* No es mucho pedir, ciertamente, pero a mí me parece que sus años no le permitirán desempeñarse en un puesto de actividad, como el de Comisario de Policía.

DON JUAN.—¿Desempeñar el puesto? Claro que no podría desempeñarlo.

ENRIQUE.—¿Y entonces?

DON JUAN.—Es que yo nunca he desempeñado mis puestos. He ganado sueldo de comisario y portero, pero nunca he estado en una comisaría ni en una puerta.

ENRIQUE.—¿Pero, cómo?

DON JUAN.—¿Ud. es Gobernador por primera vez?

ENRIQUE.—Sí.

DON JUAN.—¡Con razón no entiende! Entonces se lo explicaré. Muy sencillo. Se figura en planilla, no se va al empleo; pero se cobra y al Gobernador se le pasa un tanto por ciento del sueldo. ¿Cuánto por ciento quiere Ud.?

ENRIQUE.—*(Indignado)*.—Al principio me imaginé que Ud. era un loco y un desgraciado. Ahora veo que es un cínico. Sepa que no me importa saber lo que ha pasado en otros tiempos y con otros gobernantes. Yo voy a proceder con dignidad. No he aceptado este puesto para robar, sino para servir honradamente a mi país. Salga Ud., y en seguida. ¡Salga!

DON JUAN.—*(Saliendo turbado, alcanza a decir antes de lle-*

gar a la puerta) Desde que mi hija es bailarina, todo me sale mal. *(Sale).*

ESCENA III

Enrique, doña Ana, Julia, Adriana y Jorge

DOÑA ANA.—¿Con quién discutías, hijo?

ENRIQUE.—Me exalté un poco, pero no tiene importancia, mamá. Era con un sinvergüenza que venía a pedir un empleo. Empiezo a sufrir las primeras molestias del oficio.

JORGE.—Y las que sufrirás después...

JULIA.—No debías haber aceptado ese puesto.

DOÑA ANA.—¿Por qué no renuncias?

ADRIANA.—Yo no me explico tampoco por qué has aceptado esa Gobernación, y menos que te vayas mañana tan precipitadamente.

ENRIQUE.—Bien saben Uds., que no lo he hecho por mí, sino por Marta. Marta necesita cambiar de vida...

JORGE.—Te has convertido en un Quijote, Enrique.

ENRIQUE.—No creas que me pare tan mal el título de Quijote.

DOÑA ANA.—Pero, por qué no postergas tu viaje por algunos días.

ESCENA IV

Dichos y Marta *(Que entra sin que la noten y se queda escuchando)*

ENRIQUE.—Es triste irse, dejar sitios y amigos familiares. Al pensar en partir todo lo que quiere se agiganta ante los ojos y ante el corazón, y se imagina uno que las calles de todos los días hablarán, dándonos la sensación que durante toda la vida hubiésemos pasado por ellas sin verlas.

DOÑA ANA.—Cuánta falta me hará tu presencia y la de

Marta, Enrique. No me resigno a que se vayan. Siempre hemos vivido todos juntos. Al irse ustedes, me parece que la casa se deshace, que la tradición se aleja del hogar.

ENRIQUE.—No te aflijas, mamá. Me voy, es cierto. Pero me parece que desde allá seguiré estando más cerca de ustedes. En tus cartas me contarás todo lo que pase en casa, y yo, al contestarlas, lo haré muy largamente y quizás llegue más a tu corazón que ahora, porque al escribirte será todo mi yo, el que vendrá íntegro hacia ti, con mis ilusiones, con mis esperanzas y mis dudas.

DOÑA ANA.—*(Enjugándose una lágrima)* Siempre, Enrique, mi niño grande.

MARTA.—*(Acercándose)* Sufres por mí, Enrique, y yo no quiero tu sacrificio. Quédate, quedémonos.

ESCENA V

Los mismos; luego Juana precediendo a Pedrito

PEDRITO.—¡Buenas noches! *(Saluda a todos).*

ENRIQUE.—Aquí tenemos a Pedrito, y se cumplirá el programa de que nos acompañe a dar una vuelta en automóvil por Palermo. Es el único de mis paseos familiares que no me he despedido todavía. Así es que a ponerse los sombreros, pronto.

ADRIANA.—Muy bien, en seguida. *(Sale corriendo).*

DOÑA ANA.—No se apure Adriana.

JULIA.—Seguramente, quiere estar lista antes que nosotras para charlar con Pedrito. *(A Pedrito)* ¿Qué le parece?

PEDRITO.—A mí me parece muy bien.

DOÑA ANA.—Vamos también nosotras. *(Salen).*

ESCENA VI

Pedrito, Marta y Enrique

PEDRITO.—¿Qué dice el nuevo Gobernador?

ENRIQUE.—Luchando con los aspirantes al empleo. ¿No quieres empleo tú también?

PEDRITO.—Me parecería una injusticia trabajar, quitándoles a otros el dinero que pueden ganar, cuando más agradable y menos egoísta, es seguir la carrera de rentista con la fortuna paterna.

ENRIQUE.—Muy cómoda por lo menos.

PEDRITO.—No hay nada mejor que no hacer nunca nada. *(Adriana entra rápidamente).*

ADRIANA.—Ya estoy de vuelta.

ENRIQUE.—*(Al ver que Pedrito se sienta al lado de Adriana, le dice a Marta)* Vámonos. *(Al salir, cerca de la puerta, pregunta a Marta)* ¿Tienes ya listo tu equipaje para mañana? *(Salen, aparentando conversar).*

ESCENA VII

Pedrito y Adriana, solos, se sientan juntos

PEDRITO.—¿Los tréboles de cuatro hojas traen suerte?

ADRIANA.—¿Por qué me lo preguntas? ¿Has encontrado alguno?

PEDRITO.—Sí, y se lo traigo a Ud., Adrianita.

ADRIANA.—¿Para que me traiga suerte?

PEDRITO.—Para que nos traiga suerte a los dos, para que Ud. se decida a casarse conmigo.

ADRIANA.—¿Y dónde está?

PEDRITO.—*(Sacando un estuche)* ¡Aquí!

ADRIANA.—Y cómo lo cuida, lo trae en estuche.

PEDRITO.—*(Abriendo el estuche y sacando el objeto)* Con estuche me lo dieron en la joyería.

ADRIANA.—¿En la joyería? ¿Cómo decía que lo había encontrado?

PEDRITO.—Lo encontré en la joyería. Es de oro y esmalte, mire qué lindo.

ADRIANA.—De oro y esmalte, ¡qué desilusión!

PEDRITO.—¿Por qué?

ADRIANA.—Porque son los naturales los que traen suerte.

PEDRITO.—¿Los naturales no más?

ADRIANA.—Los naturales únicamente.

PEDRITO.—¿Sí? Qué curioso ¿no? Pero me aceptará el regalo de todos modos.

ADRIANA.—*(Recibiéndolo)* Sí. Muchas gracias. Ya estará pagado y peor es que se pierda.

ESCENA VIII

Entran todos, doña Ana, Enrique, Jorge, Julia y Marta

ENRIQUE.—Vamos. *(Van saliendo).*

DOÑA ANA.—*(A Marta)* No nos demoraremos mucho, pero si te cansas de esperarnos, te acuestas.

MARTA.—*(Muy preocupada)* Está bien.

DOÑA ANA.—Pero qué triste y preocupada estás con el viaje, Marta. *(Marta sigue preocupada y no contesta. Salen).*

ESCENA IX

Marta y Juana, entrando

JUANA.—Señora, don Arturo me dijo que esperaría en un automóvil en la esquina para verlos salir y entrar él. Debe venir en seguida.

MARTA.—Será nuestra última entrevista.

JUANA.—¿Por qué? Señora, perdóneme la falta de respeto; pero si Ud. lo quiere... *(Vacila)* Parece tan bueno.

MARTA.—Cállate, Juana. *(Suena el timbre).*

JUANA.—Debe ser él. Voy a ver en seguida. *(Sale).*

MARTA.—¿Qué hacer, Dios mío, qué hacer? *(Después de un momento entra Arturo).*

ESCENA X

Marta y Arturo

ARTURO.—*(Tomándole la mano)* ¿Recibiste mi carta?

MARTA.—Sí.

ARTURO.—¿Estás decidida? ¿Te vienes conmigo, verdad?

MARTA.—No me atrevo. No puedo. Estoy más desalentada, desde que Enrique no quiso ayudarnos y se mostró tan generoso, sacrificándose por mí.

ARTURO.—*(Sentándose a su lado)* Pero su sacrificio no resuelve nada... Lo que te falta es el amor, y sólo yo puedo ofrecértelo para toda la vida.

MARTA.—¡Para toda la vida! ¿Y si tu amor fuera un capricho solamente?

ARTURO.—¿Mi amor un capricho, Marta? Pero si es un amor que vive dentro de mí, desde mis años de niño. Si sólo por ti y por tu recuerdo he luchado siempre. Mira, allá en el norte, solo en el monte, sin amigos, en mi campamento improvisado, sin otro paisaje que contemplar, que el de los lomajes, casi sin luz, cubierto de árboles añosos, muchas veces me sentí desalentado.

MARTA.—¿Por qué?

ARTURO.—Al anochecer, cuando los indios entonan sus canciones monótonas, melancólicas, tristes, de notas graves que parecen lamentos de penas incomprensibles, al recordar que estabas casada, me daban ganas de llorar mucho y abandonarlo todo; pero algo que no sabía explicarme, me daba aliento para continuar la lucha. Era el presentimiento, Marta, de que algún día sería feliz a tu lado.

MARTA.—¿Feliz a mi lado? Hoy piensas así, porque tu pasión es más fuerte que todo. Pero y mañana, cuando la pasión pase, acaso sientas haber unido tu vida a la mía, tan triste, tan llena de amargos recuerdos.

ARTURO.—Nos iremos lejos, pondremos tierra y mar entre tus

amargos recuerdos, y allá, olvidando el pasado, poco a poco, las lágrimas redentoras florecerán en ilusiones eternas.

MARTA.—No puede ser. Ya ves lo que dijo Enrique. Por mi madre, por mi hermana, debo seguir sola mi pobre camino. En mi sendero no florecerán nunca las ilusiones.

ARTURO.—Decídete, Marta. Tu madre debe sentir remordimientos por haberte impulsado al sacrificio de tu matrimonio sin amor, y esto la hará comprender y perdonar. Y Adriana no sufrirá ninguna consecuencia de lo que tú hagas, porque Pedrito está demasiado enamorado.

MARTA.—No me atrevo, Arturo. El dolor me hace cobarde. Ha sido tan cruel mi vida, que así como no temí nunca al sacrificio, a la felicidad que me anuncias le tengo miedo, en cambio. Creo que he nacido para sufrir y la felicidad me mataría.

ARTURO.—Te engañas, la felicidad te hará fuerte, más optimista y más hermosa que nunca.

MARTA.—No puede ser. Venimos al mundo con un destino. Para unos, es de alegría; para otros, es de dolor, y en el mío parece que se hubieran juntado mil dolores.

ARTURO.—¿Te acuerdas lo que te dijo Enrique del reverso? Una circunstancia cualquiera de la vida, nos hace aceptar una actitud que no sentimos y de tanto callar nuestra verdadera personalidad llegamos a olvidarnos de nuestro propio carácter. Así te ha pasado a tí; muy joven te hicieron creer que habías nacido para el sacrificio. Pero yo, con la intuición que da el amor, adivino que en el fondo de ti misma, duermen infinitas ansias de alegrías, que al calor de mi cariño despertarán, renovándote.

MARTA.—No me hables así, Arturo. El calor de tus frases me sugestionan, me arrastran, me impulsan hacia un mundo nuevo, que hasta ahora sólo he presentido en sueños.

ARTURO.—¡Sí, Marta, sí, hacia el amor, conmigo mismo, siempre!

MARTA.—*(Con desaliento)* Pero, no. Junto con tus palabras llenas de fe, que me estimulan, que me dan fuerzas para luchar, siento que los prejuicios me retienen como garfios que se prendieran sobre mi corazón, parece que mi alma hubiese echado raíces

en la tristeza de esta casa. Pienso en mi madre, pienso en Dios, y tengo miedo.

ARTURO.—Yo soy fuerte, Marta. A mi lado se disiparán todos tus temores. En las cosas del corazón no puede haber pecado nunca.

MARTA.—¡Quién pudiera creerte!

ARTURO.—Tienes que creerme. Nadie podrá censurar que tu juventud busque la vida, como buscan los enfermos la salud.

MARTA.—Pero el dolor que voy a dejar tras de mí, ¿no será un remordimiento eterno?

ARTURO.—¿Tienen ellos acaso remordimientos por el dolor que te han causado? Convéncete, Marta. Nada hay que valga más que nuestra propia vida, ni la familia, ni la tradición, ni los prejuicios pueden hacernos felices, y cuando vamos hacia la felicidad, desafiándolo todo, pero impulsados por la fuerza irresistible de nuestro corazón, con el alma limpia, hacemos bien y el triunfo debe ser nuestro. Vente conmigo, Marta. No tengas miedo, serás feliz.

MARTA.—Sí, Arturo, sí. Tu amor me domina y me arrastra a todo. Confío en ti y tú sabrás defenderme.

ARTURO.—Ya te lo he dicho, Marta. Contra ti misma, contra los demás y contra todos, defenderé tu felicidad.

MARTA.—Tengo miedo, Arturo, tengo miedo.

ARTURO.—Vámonos pronto, antes que la tenaza de la tradición te robe al sol y a la vida.

MARTA.—*(Nerviosa)* Espérame un momento. Tenía todo listo para irme mañana. ¡Pobre Enrique! Su sacrificio inútil. Le dejaré una carta.

ARTURO.—Pero pronto, Marta, pronto. *(Sale).*

ESCENA XI

Arturo y Juana

ARTURO.—*(A Juana que entra)* ¿Ud. quiere a la señora Marta?

JUANA.—Sí, señor, mucho. La he visto sufrir mucho, tanto...

ARTURO.—Entonces, tiene Ud. que ayudarnos. La señora Marta, se va conmigo.

JUANA.—Hágala muy feliz, señor. ¡Pobrecita!

ARTURO.—Todo lo feliz que ella se merece. Cuando regresen los demás, si le preguntan por ella, diga que se acostó temprano. Así puede ser que no noten su ausencia hasta mañana, cuando ya estemos lejos de Buenos Aires.

JUANA.—¿Dónde se van?

ARTURO.—Muy lejos, donde nadie pueda detenernos nunca.

ESCENA XII

Arturo, Marta y Juana

ARTURO.—Vamos pronto, Marta.

JUANA.—*(Tomándole una mano a Marta)* ¡Que sea muy feliz, muy feliz! *(Juana se hace a un lado, se queda lejos viendo como salen).*

MARTA.—*(Muy nerviosa, a Arturo que la ha tomado de un brazo)* No sé lo que hago, tengo miedo. Sí, llévame, Arturo, llévame. Las paredes de esta casa me dan frío, se me figuran hoscas y amenazadoras, parecen que quisieran desplomarse sobre mí, aplastarme. ¡Llévame, Arturo!

ARTURO.—Lejos de aquí, no sentirás miedo, porque vas hacia la felicidad, hacia la libertad.

MARTA.—¡Dios mío! Parece que al dejarlo todo, dejara también la vida!

ESCENA XIII

Juana, sola, se queda con el oído atento. Se siente la bocina de un automóvil

JUANA.—Ya se han ido. No importa que lleguen ahora. *(Mira hacia la puerta del cuarto de Marta, que ha quedado entreabier-*

ta) ¡Qué descuido! *(Va y la cierra)* Ahora no sospecharán nada. *(Suena el timbre)* Deben ser los señores que regresan. Qué nerviosa estoy. *(Va a abrir. Regresan todos).*

ESCENA XIV

Juana, doña Ana, Jorge, Julia, Adriana, Pedrito y Enrique

PEDRITO.—Ha sido un lindo paseo.

ADRIANA.—¡Como que iba Ud. a mi lado!

DOÑA ANA.—*(A Juana)* ¿Y doña Marta?

JUANA.—Creo que se acostó temprano, señora.

DOÑA ANA.—Está bien, puede retirarse. *(Sale Juana después de recibirles el sombrero y apagando las luces, dejando el hall en la penumbra).*

PEDRITO.—Yo me voy, porque Uds. tienen que levantarse temprano para ir a despedir a Enrique. Buenas noches, hasta mañana.

ENRIQUE.—Yo te dejaré en la puerta para que no te devuelvas. *(Sale acompañándolo).*

JORGE.—Nosotros nos vamos a acostar. *(Sale con Julia).*

ADRIANA.—Yo también. Buenas noches, mamá. *(La besa. Sale).*

DOÑA ANA.—Buenas noches, hijita. Yo voy a esperar a Enrique. *(Sale Adriana).*

ESCENA FINAL

Doña Ana y Enrique casi completamente a oscuras

ENRIQUE.—¿Me has esperado, mamá?

DOÑA ANA.—Sí, Enrique, esta última noche que pasarás aquí, quisiera prolongarla mucho. Siento que se haya acostado Marta. De todos modos voy a entrar a su cuarto para darle un beso. Espérame. *(Entra doña Ana al cuarto de Marta y un momento des-*

pués, con angustia, desde adentro) ¡Enrique! *(Cuando Enrique va a entrar al cuarto de Marta, sale doña Ana desesperada, con un papel arrugado en la mano).*

DOÑA ANA.—¡Marta se ha ido, Enrique! ¡Se ha ido!

ENRIQUE.—*(Ayudándola a seguir hasta un sillón)* ¿Con Arturo?

DOÑA ANA.—¡Sí, con Arturo! ¿Qué podemos hacer? Tú tienes que detenerlos. Nunca pude esperar una desgracia así en mi casa. ¡Qué dolor y qué vergüenza! Anda, pronto, Enrique, todavía puede ser tiempo.

ENRIQUE.—¡Detenerlos! ¿Y para qué? Es el amor quien se la lleva, el amor que nosotros quisimos borrar de su vida, olvidándonos que su poder es más fuerte que todo, aunque nos duela mucho reconocerlo.

DOÑA ANA.—¡Mi hija! No puedo perderla así, no. El dolor de perderla se hace más grande con la deshonra que llega. *(Llora hasta que cae el telón).*

ENRIQUE.—*(Con mucha emoción, llorando y acariciándola)* ¡No es la deshonra que llega, madre, es la tradición que se va! *(Solloza abrazado a su madre, mientras cae el telón).*

TELÓN

$5

Microfilmed
SOLINET/ASERL PROJECT
1990-92

UNIVERSITY OF N.C. AT CHAPEL HILL
00028309517